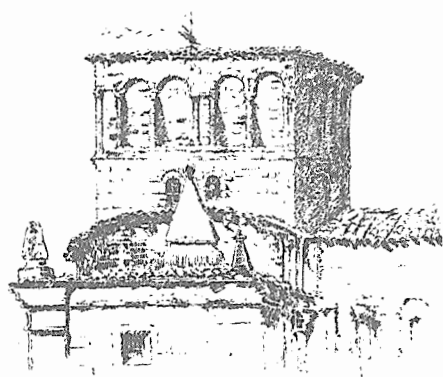


BENITO PÉREZ GALDÓS

Cuarenta leguas por Cantabria



Edición

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

Santander, 1989

BENITO PÉREZ GALDÓS

*Cuarenta leguas
por Cantabria*



Colección del Centro Cultural Municipal Dr. Madrazo.
Santander.



Benito Pérez Galdós (1843-1920)

BENITO PÉREZ GALDÓS

Cuarenta leguas por Cantabria



Edición

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE SANTANDER / ONCE
Concejalía de Educación y Cultura

Ilustraciones de Isidro Gil, Fernando Pérez del Camino,
Mariano Pedrero, Sierra y Angel Toca.

Dibujo de la cubierta: Apunte de Santillana por Fernando
Pérez del Camino.

Dibujo de la cubierta posterior: Mariano Pedrero.

© Herederos de Benito Pérez Galdós

Coordina: INDRA, Comunicación. Santander

Edita: Excmo. Ayto. de Santander. ONCE

Imprime: Imprenta Cervantina

Fotocomposición: Estudio 33

Depósito Legal: SA-141-1989

I.S.B.N.: 84-86.993-00-8

Pérez Galdós y Santander

Benito Pérez Galdós nació en Las Palmas de Gran Canaria el 10 de mayo de 1843 en la casa que hoy alberga, en la calle Cano, el museo dedicado al escritor. Igual que en el caso de Pedro Antonio de Alarcón, fue el último de los diez hijos que tuvo, en su caso, el matrimonio Sebastián Pérez Macías (1784-1871) y María Dolores Galdós y Medina (1800-1887).

Tal como han referido sus biógrafos, inició a los seis años sus primeros estudios en Las Palmas en la escuela de Luisa Bolt, de donde pasó al colegio de San Agustín de la misma ciudad para realizar, de 1853 a 1856, los cursos preparatorios del Bachillerato, que terminó cinco años más tarde, en 1862¹. En esa primera etapa juvenil confiesa que fue un niño enfermizo, tímido y nervioso². Curiosamente, la literatura, la música y el dibujo fueron sus entretenimientos favoritos en los que sobresalió ya entonces y no abandonó jamás.

En septiembre de aquel año se embarcó con destino a la Península para cursar los estudios de Derecho en Madrid. La influencia de los krausistas se dejaba sentir, en esos momentos, en la Universidad española donde tuvo de profesores a Fernando de Castro, Lázaro Bardón y

¹ Sebastián de la Nuez, *Galdós (1843-1920)*, col. "Guagua" (Las Palmas de Gran Canaria, 1983).

² "El Bachiller Corchuelo", "Nuestros grandes prestigios. Benito Pérez Galdós", *Por esos mundos*, núm 186, julio 1910, pp. 27-56.

15
Alfredo Camús. Las explicaciones de aquellos catedráticos y sus frecuentes visitas al Ateneo modelaron su personalidad liberal, compartida también por sus amigos más íntimos. Ya entonces se advierte su fuerte vocación literaria, acrecentada a partir de su primer viaje a París en 1867, en que conoció la obra de Balzac.

Iniciado en el periodismo, decide escribir una novela, *La fontana de Oro*, que publica en 1870 gracias a la ayuda económica de su cuñada Magdalena, por entonces viuda.

Al verano siguiente realiza su primer viaje a Santander y conoce a José María de Pereda. Mucho tuvo que gustarle la ciudad cuando a partir de ese primer encuentro decidió elegirla como sede permanente de sus veraneos. Su fácil comunicación con Madrid, su clima templado y fresco durante la época estival, la belleza del lugar y de la provincia y la acogida amistosa que le prestaron sus intelectuales le convirtieron, como él dice, en visitante habitual de Cantabria. A este respecto escribía en 1884: "(...) me será muy difícil ser completamente imparcial hablando de Santander y de los montañeses, por el mucho cariño que tengo a este pueblo, mi cuartel de verano, mi refugio contra el calor desde hace catorce años. Esto y los buenos amigos, la benignidad del clima y las repetidas expansiones del ánimo, han creado en mí una predilección especial que no puedo ocultar, y reconociendo las bellezas de toda la región cantábrica, pongo siempre en primer lugar las de esta provincia, así como en la preferencia que suelo dar a todos nuestros septentrionales, hago siempre una segunda selección en favor de los montañeses"³.

este
Se ha dicho que Galdós llegó a la capital montañesa atraído por la personalidad de Pereda. Si tenemos en cuenta que el encuentro fue casual y por iniciativa de Pereda, se puede poner en duda aquella intención, si bien es cierto que gracias al novelista de Polanco tuvieron prácticamente continuidad las visitas estivales de Galdós a Santander desde 1871 hasta 1917. Pereda fue un perfecto anfitrión, en este sentido, para Galdós. Le buscó sus sucesivos alojamientos de veraneo, le mostró la

³ William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires* (Madrid: Ed. Cultura Hispánica, 1973) 115. Carta del 5-X-1884.

provincia y le presentó a los hombres más destacados de aquel grupo intelectual santanderino. Pero no sería esto suficiente si no hubiera ido unido a la atracción que suponía para Galdós la fuerte personalidad de Pereda. Sin embargo, tanto sus temperamentos como sus aficiones e ideologías tenían más de divergentes que de complementarias. Pereda era un hombre de carácter complejo, en parte debido a la neurosis que padecía. Buen conversador, entrañable con sus amigos y temible polemista con sus adversarios. Xenófobo, contrario al espíritu moderno, centrípeto y regionalista, aunque alejado de separatismos, era un hombre amante del estilo patriarcal, políticamente tradicionalista, monolítico y carente de temperamento de partido. Su postura religiosa, también tradicional, tenía ciertos ribetes de intransigencia para aquellos postulados suyos que consideraba inamovibles. La literatura, a la que llevó todo su programa ideológico, significaba para él, como escritor, más un entretenimiento que un modo de vida. De aquí que fuera un trabajador periódico con fases de pereza para escribir, como diría Galdós. *su amigo, el novelista canario.*

En cambio Galdós era un hombre introvertido, tímido, callado, frugal, para el que escribir era una necesidad. Ruiz Contreras le describe como una persona dulce, de espíritu analítico y exquisita sensibilidad. Marañón alude a su carácter bondadoso y profunda religiosidad. Menéndez Pelayo se refirió en la Academia a su “laboriosidad igual y constante”, a “su imaginación creadora” y a su “conciencia religiosa”.

Carmen Bravo-Villasante le describe en sus distintas edades de la siguiente manera: “Desde el retrato juvenil hasta el retrato de la ancianidad tenemos todos los retratos físicos del escritor: hay retratos de Galdós escritor bien vestido, para la galería y retratos de Galdós viajero por España con la bufanda al cuello, el chambergo y su bastón, viajero de departamento de tercera que es como verdaderamente se conoce el país. Hay retratos de Galdós en su casa de San Quintín, aquí frente a la bahía de Santander, al aire libre, con las tijeras de cortar las flores del jardín o la podadera.”

“Todos estos retratos físicos –sigue diciendo Carmen Bravo-Villasante– tienen algo de común, una gran naturalidad, ninguna afec-

tación y cierto ensimismamiento y dejadez. Galdós es el hombre que está pensando en algo.”⁴

Liberal en política y en religión, fue centrífugo y universal a partir de un profundo sentimiento nacional y persona abierta a la reforma y el progreso en todos los campos. Participaba de ideas europeístas y renovadoras, por lo que Laín Entralgo⁵ se atreve a calificarle de “algo regeneracionista” en su literatura. (A)

Pues bien, estos hombres tan dispares no sólo fueron excelentes amigos, sino que el ejemplo de su convivencia y mutua tolerancia se ha señalado siempre como un entrañable testimonio de comprensión y de diálogo entre estos destacados representantes de las llamadas dos Españas. Galdós no veía en Pereda a un oponente, sino a un discrepante. En aquellas múltiples conversaciones estivales, en las que no estaban ajenas las discusiones, eran mayores los puntos de acuerdo que las desavenencias. Y cuando éstas existieron entre ambos amigos, estuvieron siempre motivadas por cuestiones religiosas. En este aspecto Pereda era inflexible y hasta este rincón de su ideología no llegaba la tolerancia. Quizás esta postura irreductible del autor de *Sotileza* ha servido, tal como lo expresa en sus escritos, para encasillarle como un hombre intolerante. Cierto es que sus contemporáneos e, incluso, sus amigos conocían bien esta faceta suya ultramontana. Sin embargo, aunque hoy la defensa de su doctrina nos parezca tenaz e intransigente, hay que mirarla con la perspectiva histórica del momento, en aquel siglo de los pronunciamientos y de las guerras civiles, como lo ha llamado José Simón Cabarga⁶,

y de un dominio de la jerarquía religiosa sobre las conciencias y la sociedad.

⁴ Para los retratos de Galdós, véanse: Shoemaker, W.H., “¿Cómo era Galdós?”, en *Anales Galdosianos*, 1973, 5-21; Marañón, G., *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, novena edición, Madrid: Espasa Calpe, 1965, p. 96; Menéndez Pelayo, M., *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, Madrid, 1897; Bravo-Villasante, Carmen, “Retratos de Galdós”, *A B C*, Madrid, 17 de junio de 1978.

⁵ Laín Entralgo, P., *Menéndez Pelayo* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1952) 20.

⁶ Simón Cabarga, J., *Santander en el siglo de los pronunciamientos y las guerras civiles* (Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1972). Para conocer el pensamiento religioso de Pereda véase de Francisco Pérez Gutiérrez, *El problema religioso en la generación del 1868* (Madrid: Taurus, 1975) 131-180.

Al año siguiente de su llegada a Santander, Pérez Galdós saludó un día al poeta Amós de Escalante, quien le presentó en la Plaza de Pombo a un anciano llamado Pedro Galán, antiguo grumete de la dotación en el navío *Santísima Trinidad*,⁷ que había combatido en Trafalgar. Gran parte de sus relatos y observaciones sobre la vida a bordo del navío fueron trasladados después a las páginas del primer Episodio Nacional.

Menéndez Pelayo⁸ dice que en 1871 Galdós hace su aparición en el mundo de las letras. En efecto, a partir de este año inicia la preparación de su primera serie de los *Episodios Nacionales*. El éxito alcanzado por estas "historias anoveladas", como las llamó Menéndez Pelayo, llegó a todas las clases sociales, hasta el punto de que el propio Alfonso XIII dijo haber recomendado su lectura a la reina consorte a su llegada a España.

Aparte de la documentación recogida en Santander para su primer Episodio, Galdós escribió en Cantabria algunas otras de las sucesivas series y un buen número de sus obras más importantes, tales como la segunda y tercera parte de *Ángel Guerra* (1890-91), *Nazarín* (1895), *Halma* (1895), *El Abuelo* (1897), *Casandra* (1905), *El caballero encantado* (1909), etc.

En la actualidad conocemos con bastante exactitud toda la producción literaria de Galdós fechada en Santander, gracias a su costumbre de indicarlo al final de la obra, sobre todo a partir de su instalación en "San Quintín". Pero por sus epistolarios y declaraciones sabemos, además, que estando en Santander preparó algunos otros libros, aunque luego no lo señalara a su terminación. Así ocurrió, por ejemplo, con *Electra* (1901), *I Damnati* (1894), o cuando realiza el arreglo tea-

⁷ El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes y había sido construido en La Habana en 1769. Procedían del Real Astillero de Guarnizo (Cantabria) los navíos de guerra *Príncipe* (1729), *Santa Ana* (1732), *San Juan Nepomuceno* (1766), mandado por Churrua; *San Francisco de Asís* (1767) y el *San Agustín* (1769), todos ellos participantes en la batalla de Trafalgar. Ver, de Nemesio Mercapide, "Don Juan Antonio de la Colina Rasines y el navío "Santísima Trinidad", dos gigantes del siglo XVIII", en *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*, Tomo I (Santander, 1976) 355-359.

⁸ Opus cit., p. 43.

Miguel de Azúa y Campos, *El Real Astillero de Guarnizo, Madrid, Aldecoa, 1925*
Amador Bibliógrafo Episodios
11

tral de *Doña Perfecta* (1895) o corrige *Luchana* (1899). El primer libro que fecha en Santander es el Episodio *Un faccioso más y algunos frailes menos*, en noviembre-diciembre de 1879, y lo último que hace es la preparación, en 1917, de las notas históricas para su tragicomedia *Santa Juana de Castilla*. En su querido y encantador rincón de La Magdalena, camino del Sardinero, en la villa "San Quintín", próxima a los cantiles rocosos donde su fantasía haría naufragar al vapor "Planta-genet" de *Gloria*, escribió las obras más importantes y la mayoría de su repertorio literario. En "San Quintín" estaba su casa principal, donde tenía su biblioteca y se sentía a gusto. A través de los ventanales de su despacho se divisaba el maravilloso panorama de la bahía, en un abanico paisajístico que comprendía a los pueblos de enfrente, encuadrados en el verde-gris de sus sierras y montañas. En 1895, en plena fiebre de trabajo, le responde a su amigo el Doctor Tolosa Latour, que le reclama desde Madrid: "Iré lo más tarde posible, pues aquí se está en la gloria, y trabajo mucho y con provecho."

Pereda había sido, como hemos dicho, su guía en los recorridos por la provincia, que hicieron en su coche de caballos. Aparte del entorno de Torrelavega, con los pueblos de Polanco, Suances, Comillas y Santillana, que fue lo primero que conoció, en el mes de septiembre de 1876 realizaron, en compañía de Andrés Crespo, una excursión por la parte occidental de la provincia en un viaje que dio título a *Cuarenta leguas por Cantabria*.

En esas fechas había concluido en el mes de abril su novela *Doña Perfecta*, obra en la que planteaba el problema de la discrepancia ideológica que, cuando no hay tolerancia, puede adoptar formas incluso violentas.

Es muy posible, o al menos eso sospechamos, que Galdós pudo encontrar en Santander algunos de los modelos que aparecen en la novela, aunque no fuera entonces ésta una ciudad integrista y fanática sino, por el contrario, liberal y en constante lucha contra las partidas carlistas que cometían sus desafueros en la provincia. Los habitantes

⁹ Cfr. la carta 65 del 21 de octubre de 1895, en *Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós* de Ruth Schmidt (Las Palmas: Edic. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1969) 94.

de Orbajosa, ciudad de la que dice Galdós que proviene de la corrupción de “Urbs augusta”, se distinguían por su hidalguía, nobleza y por ser patriarcales y hospitalarios. Les caracterizaba, igualmente, su antimadrileñismo, la crítica al krausismo y el ser piadosos y buenos cristianos. Estos hidalgos, orgullosos de su abolengo, presumen de antecedentes guerreros alusivos a las guerras cántabras en las que combatió el emperador Augusto, que da nombre a la ciudad. “Augusta” llama también don Cayetano en la obra a Orbajosa¹⁰.

Este es, posiblemente, el momento en que se inicia el conflicto en sus relaciones con el grupo santanderino, pese a la amistad que le une con ellos. A partir de ahora, Galdós va a llevar a sus novelas los temas de la intolerancia política y religiosa que separa a las personas, aún estando unidas por el amor, argumentos que, vistos bajo el prisma de la época, no gustaron a Pereda ni a Menéndez Pelayo. Por su parte, el escritor de Polanco escribió el cuadro costumbrista de tipos populares titulado “Un sabio”, publicado en el cuaderno número cinco de *La Tertulia*, que se repartió en Santander en octubre de 1876. En él planteaba Pereda, prácticamente, los mismos problemas de Pepe Rey en *Doña Perfecta*, si bien tratados desde una perspectiva diferente.

Esas relaciones amistosas en el trato con el grupo santanderino, y discrepantes desde el punto de vista ideológico, se acrecentaron a medida que Galdós fue publicando la que llama Salvador de Madariaga “su famosa serie anticlerical”: *Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*.

Para entonces Pereda debía de conocer muy bien la forma de pensar de su gran amigo, ya que al año siguiente, con motivo de la aparición de su novela *Gloria* (1877), entablan la famosa polémica epistolar. Pereda leyó la obra con detenimiento y pesadumbre y, como era de suponer por su forma de pensar, la calificó de “volteriana”. No vamos a referirnos aquí con detalle, por ser bien conocido, al intercambio epistolar en el que, por supuesto, no llegaron a ponerse de acuerdo. A Galdós le interesaba saber la opinión del escritor de Polanco, ya que de

¹⁰ Benito Madariaga, “Resonancias santanderinas en *Doña Perfecta* de Galdós”, *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, Santander, enero-diciembre, 1985, pp. 217-236.

esta manera conocía como iba juzgar su obra un sector importante de los lectores.

Intentó Don Benito justificarse en sus cartas e, incluso, hizo una sincera confesión de su pérdida de la fe y de su carencia de malévolas intenciones anticlericales. Y, en efecto, así era, ya que trataba simplemente el problema de la intolerancia religiosa entre dos personas que se amaban. La reprimenda de Pereda molestó indudablemente al novelista canario, a pesar de que años más tarde confesara que aquellas riñas eran de su agrado.

Menéndez Pelayo, que se encontraba becado en Roma, tuvo conocimiento de la aparición de la obra a través de la versión remitida por Pereda. El polígrafo santanderino, que admiraba a don Benito y había acogido con entusiasmo la serie de los *Episodios Nacionales*, sintió profundamente la que calificó de “caída lastimosa” de su colega y amigo. Le pareció que *Gloria* era una desviación de manía teológica y que Galdós estaba pisando un terreno heterodoxo. Así se lo hace ver a Valera en una de sus cartas (8-IX-79) y de acuerdo con sus principios en aquella época juvenil de “ímpetu agresivo”, como la llama Marañón, le incluyó con términos duros en su libro *Historia de los heterodoxos*, rozando, como dice el célebre doctor, “casi los límites de la cortesía”¹¹. Ya antes de dar este paso don Marcelino había censurado públicamente la novela en la crítica que hizo de *Tipos trashumantes* (1877), de Pereda. ¿A qué se debió, podemos preguntarnos, esta postura impugnadora de don Marcelino? No era esta obra de toda la serie de novelas de la primera época la escrita con “más dureza sectaria”, como diría después Menéndez Pelayo, pero sí la que salió siempre a relucir en los ataques críticos del polígrafo. ¿Se debió a la gran influencia de Pereda? Hemos llegado también a pensar si le molestó además, inconscientemente, aquel joven laico neocatólico, Rafael del Horro, que aparece en la novela.

En estos años el santanderino figuraba como ferviente defensor del catolicismo y le hacía en ciertos aspectos parecerse al joven Rafael del Horro, “defensor enérgico del catolicismo y de los derechos de la

¹¹ Opus cit. p. 98.

Iglesia". De cualquier modo, la realidad es que *Gloria* atrajo todas sus censuras y llegó a molestarle tanto como a Pereda. Sin embargo, era ésta la primera novela de ambiente santanderino de don Benito. Ficóbriga, lugar donde transcurre la obra, nombre que habrá de repetirse en otros libros suyos, era un pueblo enmascarado de Cantabria. Más bien se trata de es una mezcla de varios lugares: Simancas, Santillana, Comillas, San Vicente de la Barquera y Santander. En efecto, la Colegiata que aparece es la de Santillana del Mar y el castillo y la ría son los de San Vicente de la Barquera, uno de los pueblos del que se sabe tuvo judería¹². En la novela se alude igualmente al Consistorio y al cementerio de Ficóbriga, identificados con los de Comillas. De Santander capital aparecen en la obra el muelle de Manzanedo y la ensenada de El Camello, en cuyo arrecife hace naufragar al vapor. Junto a estos elementos utiliza también bastantes términos marineros, algunos con valor de localismos santanderinos.

Es fácil también advertir la filiación montañesa de ciertos personajes, como el cura de la villa, don Silvestre Romero, nacido en Liébana, Gasparuco y Sildo, etc.

Marianela, publicada al año siguiente, sería la segunda obra de ambientación santanderina, si bien elige Galdós, en esta ocasión, como lugar del desarrollo las minas de calamina de Mercadal, dependientes entonces de la Real Compañía Asturiana. Marianela es hija soltera de la Canela, una vendedora del mercado de Torrelavega (Villamojada), alcohólica y suicida. El idilio de la pobre joven con el ciego Pablo está mezclado a un fondo de reivindicaciones sociales que, a lo que parece, no advirtió Pereda en todo su significado, ya que escribe con este motivo a su amigo para darle su opinión religiosa con estas palabras: "No puedo ocultarle a V. el gozo con que he visto que en esta obra no se escarba la conciencia católica con las uñas del cristianismo al uso"¹³.

La vinculación santanderina de la novela es patente en el paisaje y los lugares que fueron reconstruidos con detalle. Como en otras oca-

¹² "Los judíos cántabros", *El Diario Montañés*, 6 de noviembre de 1980. Ver también de Javier Ortiz Real, *Los judíos de Cantabria en la Baja Edad Media* (Torrelavega, 1985).

¹³ Ortega, Soledad, *Cartas a Galdós* (Madrid: Revista de Occidente, 1964) 68.

siones, Galdós introduce en la narración numerosos elementos cántabros, como la ligera descripción que hace de la casa montañesa, la referencia a la música popular del país, los ambientes ganaderos con establos, vacas y praderas o la utilización de voces del lenguaje popular.

(15) *Gloria y Marianela* fueron las dos novelas santanderinas de Galdós de las que se sirvió para dar a conocer una faceta de sus ideas religiosas y sociales¹⁴. Según los estudiosos de su obra, en ambas aparecen quizás retratados dos personajes sentimentales de su vida: Juanita Lund y Sísita, cuyos amores quedaron en recuerdo. En Santander tuvieron proyección sus relaciones con Concha-Ruth Morell, que tanto se aproxima a la protagonista de *Tristana*, historia en la que se debate el tema de la emancipación femenina frustrada, mujer que le inspira también el personaje de Electra. Y en Santander nació en 1891 su hija María, fruto de sus amores con Lorenza Cobián, natural de Bodes (Oviedo), de cuyo triste y accidentado fin tuvo posiblemente la primera noticia en Santander en julio de 1906. (46)

(1) No fueron éstas sus únicas referencias a la provincia de Santander. Así, en *El amigo Manso* cita a "la grandiosa Liébana" y a las nodrizas pasiegas y de Cabuérniga. En *Nazarín* menciona a la vaca holandesa, en una fecha en que aparecen las primeras importaciones en Santander de esta raza. En *Fortunata y Jacinta* se invoca al Cristo de Burgos, de amplia devoción y tradición religiosa en la Montaña, y en *Vergara* y *Amadeo I*, Galdós describe las últimas batallas importantes carlistas que se desarrollaron en Ramales y Guardamino. *El Abuelo* transcurre en una villa marítima del norte de España, llamada "Jerusa" y lo mismo *La de San Quintín*, designada en este caso como "Ficóbriga", fácilmente identificable con Santander, donde alude a la celebración de la festividad de la Virgen del Mar. En *Rosalía* aparecen las poblaciones cántabras de Castro Urdiales, Cabuérniga, Santillana, Laredo y, por

¹⁴ También habría que incluir en este grupo *Doña Perfecta* y su novela póstuma *Rosalía*, obra fallida publicada recientemente por Alan E. Smith. (Madrid: Cátedra, 1983). Sobre *Rosalía* véase de Benito Madariaga, *Alerta* del 17 de diciembre de 1983, p. 23 y de Laureano Bonet, *La Vanguardia*, 22 diciembre 1983, p. 37.

supuesto, Santander. Pero es, sobre todo, en sus artículos en el diario *La Prensa* de Buenos Aires donde abundan las referencias a Santander y, en general, a la región cantábrica. Están tratados en estos artículos El Sardinero y la bahía de Santander, la catástrofe del vapor “Cabo Machichaco” y su amistad con Pereda, a la que aludió también en sus *Memorias* y en el Discurso de la Academia. Pero, aparte de las descripciones de la tierra cántabra, Galdós, como hombre observador y perspicaz, retrata a los habitantes de esta región, a los que ve como hombres de temperamento aventurero y comercial¹⁵, en un variado catálogo que comprende desde el aldeano astuto y pleitista o el marinero dotado de ruda nobleza, hasta los diferentes modelos de indianos e hidalgos. Mención aparte, ya que está sin estudiar, merece la utilización de vocablos del lenguaje popular montañés en toda su obra.

Apenas llegado a la ciudad, Galdós, junto al conocimiento de los lugares más típicos y característicos de la capital y provincia, empezó a conocer a los principales protagonistas de aquel foco cultural norteño. A Menéndez Pelayo, de quien tenía referencias por haberle sido recomendada la publicación de un largo poema de éste titulado “D. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja”, debió tratarle hacia 1874. En 1877 llega José Estraña a la ciudad en calidad de Redactor-jefe de *La Voz Montañesa* y se convierte en uno de sus inseparables en el veraneo sanderino. Pero en aquellas tertulias en la guantería y perfumería de Juan Alonso, en la redacción de *El Cantábrico* o en la velería y cordeleería de Daniel Anavitarte, le fueron presentados hombres de muy distinta condición, como el librero Francisco Mazón, Atilano Lamera, José Ferrer, el poeta Ignacio Zaldívar, el Teniente Coronel Ricardo Aroca Cruz, el socialista Torralva Beci, el republicano Esteban Polidura y, por supuesto, todo el grupo de los amigos de Pereda. Galdós, hombre profundamente afectuoso y de “carácter dulcísimo”, según Ruiz Contreras, no puso nunca condiciones a su amistad, si bien se

¹⁵ Anónimo. “Cómo vio Pérez Galdós a los hijos de la Tierruca”, *El Cantábrico*, Santander, 26 de junio de 1923. Ver también “Santander” en *Fisonomías Sociales*, Obras inéditas de Benito Pérez Galdós, Prólogo de A. Ghirardo (Madrid: Renacimiento, 1923) 39-49. Igualmente la colaboración en *La Prensa* de Buenos Aires, op. cit., p. 301.

086
advierte que su presencia en la ciudad le convirtió en la figura principal del sector de intelectuales liberales y republicanos. Aunque Pereda y Galdós se vieran con frecuencia, mantenían sus tertulias separadas y con amigos diferentes.

Ambos grupos ideológicos coincidieron en las páginas de *La Tertulia* y después sostuvieron una estrecha relación, lo que no impidió el mantenimiento de sus respectivas posturas ideológicas. Así ocurrió con Galdós respecto a Menéndez Pelayo y Pereda o con éste respecto a Estrañi y a Madrazo.

En la comedia *Amor y Ciencia*, representada en 1905, Galdós creó un personaje que, a juicio de Shoemaker, representaría al célebre cirujano montañés Enrique Diego Madrazo, médico personal del novelista, al que prologó su novela *Nelis* y del que fue su asesor teatral cuando obtuvo la contrata del teatro *El Español*¹⁶. (B)

El novelista, avocinado en Santander, se sintió a gusto en aquel ambiente intelectual de la ciudad y mucho más a partir del nombramiento de su hermano como gobernador militar de la plaza desde 1878 hasta 1881. Después tuvo un nuevo aliciente al construir su casa de "San Quintín" en Santander. La ciudad correspondió con idéntico cariño hacia el novelista dando el nombre, viviendo él, de Avenida de Pérez Galdós a una de las calles que limitaba con su palacete. El vapor *Marianela* (170 toneladas, armador: Dóriga), gemelo del *Sotileza*, llevó el nombre de su personaje femenino por los puertos del mar Cantábrico y hasta se creó una sociedad de cultura llamada "Liceo Galdós". Pero junto a estas muestras de un afecto sentido de la provincia montañesa tuvo también aquí situaciones conflictivas ocasionadas, precisamente, por quienes no estaban dispuestos a la tolerancia.

Una de estas polémicas se originó en 1893 con motivo de un homenaje de la prensa y de sus amigos por el éxito resonante alcanzado con el estreno de *La loca de la casa*. En el mes de marzo se organizó un banquete al que asistieron cuantos reconocían su indiscutible mérito de primera figura de la literatura española. El homenaje se celebró con

¹⁶ Shoemaker, W.H., "Los prólogos de Galdós", en *Estudios sobre Galdós*. (Valencia: Castalia, 1970) 192.

la ausencia significativa del diario ultramontano *La Atalaya*. En la organización del banquete figuraron dos de sus amigos más íntimos: Pereda y Estrañi. En el discurso final Pereda hizo constar la calidad de santanderino de adopción y la admiración de todos los asistentes hacia el homenajeado. Respondió Galdós a su entrañable amigo con un emotivo discurso en el que puntualizó su deseo de acercarse ya definitivamente en Santander, donde le atraieron las bellezas naturales de la región y el grupo de amigos, “felices ingenios –dijo– que son y serán siempre orgullo de la Nación”¹⁷. La publicación al día siguiente de un artículo de José María Quintanilla, bajo el pseudónimo de “Pedro Sánchez”, de la visita que después hicieron a “San Quintín”, iba a suscitar inesperadamente una desagradable polémica. José María Quintanilla, amigo de Galdós, aludía sin malévola intención a la presencia en “San Quintín” de una mascarilla de Voltaire y entre sus libros al de *Le Socialisme contemporain* (Bruselas, 1881), de Emile de Laveleye. No se hizo esperar la respuesta mordaz del diario *La Atalaya*, a la que respondió *El Atlántico* en defensa del novelista. La polémica, en la que participó a favor también *El Aviso*, supuso durante varios días un inoportuno ataque de carácter clerical de los enemigos de Galdós a la serie de novelas, sobre todo de la Primera Época, calificadas de heterodoxas, según los argumentos utilizados por Menéndez Pelayo en *Los Heterodoxos*, quien no asistió al banquete por estar ausente. La polémica se fue enconando y tomó un carácter personal que llegó a molestar al propio Pereda, quien se lo hace saber a Menéndez Pelayo con estas palabras: “No te hablo del cisco armado aquí con motivo de nuestro banquete a Galdós, porque te supongo enterado de él y principalmente porque ya apesta.”¹⁸

irreligiosas

Galdós, hombre de condición pacífica y afable, acogió los resultados del homenaje sin ningún resentimiento. Prueba de ello es que a los

¹⁷ Véanse “El banquete de ayer” en *El Correo de Cantabria* del 10 de marzo de 1893 y *El Atlántico* de la misma fecha.

¹⁸ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, prólogo y notas de María Fernanda de Pereda y E. Sánchez Reyes (Santander: C.S.I.C. y Sociedad Menéndez Pelayo, 1953) 139.

Ver también de Benito Madariaga, *Galdós en la hoguera*, Santander, Tantín, 1994

pocos días invitaba a todos sus amigos montañeses a la inauguración oficial de su casa, ya en parte habitada desde el año anterior.

En octubre de 1890 había adquirido el terreno y eligió para la realización del proyecto, del que él mismo hizo los bocetos, al arquitecto montañés Casimiro Pérez de la Riva. La construcción de "San Quintín", que en un principio no se llamó así, coincidió con sus primeros estrenos teatrales, que le proporcionaron unos importantes ingresos.

La casa, con tres plantas, se abría en la primera a una hermosa huerta en la que tenía una curiosa representación de animales y donde plantó árboles frutales bautizándolos con los nombres de sus obras. Ya desde 1889 tenía proyectadas algunas de sus habitaciones, que fue decorando con gusto hasta convertir la casa en un verdadero museo. A su despacho le daban un encanto especial las vidrieras polícromas, la biblioteca gótica y los estores con textos de los salmos bíblicos. Repartidas por la habitación había láminas, dibujos y acuarelas de las mejores firmas, de los ilustradores de los *Episodios* y de los pintores amigos. Allí tenía Galdós, gran melómano, un piano y un armónium, donde interpretaba música clásica. Encima del piano estaba colocado el retrato de Wagner, aunque su compositor preferido fuera Beethoven, cuyas sinfonías sabía de memoria. Una chimenea inglesa, decorada con azulejos del país y un exvoto marinero del siglo XVII, a modo de lámpara, completaban el decorado de aquel entrañable rincón. Contigua estaba otra biblioteca y el pequeño armario donde guardaba los manuscritos de *La Fontana de Oro*, los *Episodios Nacionales*, *El Audaz*, *Realidad*, *La desheredada*, *La de Bringas*, *Fortunata y Jacinta*, etc. Pereda le había regalado el autógrafo de *La Puchera*. El dormitorio daba al mar y estaba amueblado con una cama de hierro, un armario-lavabo y una pequeña librería.

En un mástil solía poner las banderas con sus iniciales del código internacional de señales marítimas, con las que hacía saludos a los barcos que entraban en Santander. Años más tarde le confesaría a González Fiol que sus ideas republicanas enfriaron su amistad con los marinos y consignatarios de la Compañía Trasatlántica, quienes dejaron de dar respuesta a sus saludos. El distanciamiento llegó incluso hasta el punto de que sus obras fueron eliminadas de

los barcos de la Compañía y pasaron después a un barco de la Mala Real Inglesa.

Bajo el famoso pino de "San Quintín" y sentados en el banco de azulejos, que todavía se conserva, tuvieron lugar animadas tertulias en las que participaron los amigos y visitantes. Entre los más asiduos estaban Estrañi, el Coronel Aroca, Torralva Beci, Policarpo Alemán, Enrique Diego Madrazo, el torero Machaquito, íntimo suyo, y su sobrino José Hurtado de Mendoza. Pero "San Quintín" tuvo también la oportunidad de servir como lugar de reunión de los correligionarios políticos de Galdós. (C) (X)

A partir del estreno de *Electra* (1901), obra escrita en Santander, cuyas resonancias políticas y religiosas no llegó a adivinar Galdós, se advierte una radicalización de sus ideas, en parte debido a las impugnaciones del clero español. *Electra* obtuvo un éxito apoteósico e imprevisto y fue utilizada como estandarte de los movimientos anticlericales que se sucedieron en cuantos lugares se representaba. No fue Santander una excepción. A los pocos días del estreno se organizaba una manifestación en la capital, que tenía por objeto depositar una corona de laurel en "San Quintín", en cuya cinta se leía: "Al autor de *Electra*." El 12 de febrero de 1901 se celebraba la segunda manifestación santanderina, ésta de carácter violento, ya que iba dirigida contra los conventos y residencias de religiosos. Pareda, una vez más, le escribe para felicitarle y deplorar las que llama "algaradas anacrónicas" y no le faltaba razón, esta vez, en lo que decía. Las representaciones de *Electra* se acompañaron, en cada lugar, de tumultos y manifestaciones anticlericales en las que se tocaba el *Himno de Riego*, *La Marsellesa* y el *Trágala*, canción con la que los liberales provocaban a los absolutistas en el primer tercio del siglo. Pero lo grave eran las alteraciones del orden público, que terminaban en los conventos, sobre todo de jesuitas, a pedrada limpia. En Santander los carmelitas, atemorizados, tuvieron que saltar por las ventanas a la huerta contigua. Y lo más curioso de todo es que estas algaradas no eran del agrado del autor de *Electra*, hombre pacífico y, en el fondo, religioso.

La presencia de Menéndez Pelayo el día del estreno en Madrid

(X) José Ramón Saiz Viedero, *Los visitantes de "San Quintín"*, Santander, Edic. Tautin, 1994 21

y el hecho de que aplaudiera la obra le valió la crítica malévola del periódico integrista *El Siglo Futuro*, donde se leía al otro día: "Y Menéndez Pelayo, representación del liberalismo conservador, se va a aplaudir cuantos desatinos se le ocurren a don Benito contra el espíritu católico, y el mayor de todos ellos, que es suponer que los católicos liberales, condenados por la Iglesia, y cuantos vicios condena la moral cristiana, son la representación genuina del espíritu católico."¹⁹

Ya unos años antes, las opiniones de Menéndez Pelayo sobre la obra de Galdós habían variado sustancialmente, tal como dejó constancia en 1897 en el discurso de contestación a la entrada de Galdós en la Academia. La elección de académico de la Lengua no fue nada fácil para el escritor canario, a pesar del tenaz empeño de Valera y Menéndez Pelayo. Por su parte, don Benito no demostró tampoco muchas ganas de preparar la candidatura, sabiendo quizás la posición adversa para él, ideológicamente, de la mayoría de los académicos. Accedió al fin a presentarse en 1888 y fue derrotado de una forma humillante por Francisco Andrés Commelerán, catedrático de Latín en el Instituto Cisneros de Madrid. Hasta la sesión del 13 de julio de 1889 no entraría el autor de los *Episodios* en la Academia y cerca de ocho años tardaría en leer su discurso de recepción académica. Hombre tímido y de voz apagada, hizo un discurso de "brevedad sentenciosa" leído de tal forma que, como decía Rodríguez Mourelo, "no lo hubiese hecho peor un chico de la escuela"²⁰. En cambio, Menéndez Pelayo realizó una extensa e interesante exposición de los valores de la producción literaria del nuevo académico y aprovechó la ocasión para retractarse públicamente (palinodia la llama Dámaso Alonso) de los juicios incluidos sobre el autor de *Gloria* en su libro juvenil *Los heterodoxos*. Catorce días después de la lectura del discurso hacía su entrada en la Academia José María de Pereda, promovido por unanimidad el año anterior, y le contestó Galdós con un simpático discurso en el que sin-

¹⁹ *El Siglo Futuro*, 31 de enero de 1901, pp. 1 y 2.

²⁰ Ruiz de la Serna, E., "Los personajes de Galdós", *Estampa*, 22 de octubre de 1929.

Sin embargo, era sumamente interesante por su contenido.

tetizaba la historia de una vieja amistad discrepante, que brindaba como ejemplo a los colegas del mismo oficio²¹.

Con el nuevo siglo aparece un segundo Galdós, más comprometido política y religiosamente con los problemas del país. Aunque adopte una postura regeneracionista, no comparte el pesimismo de la Generación del 98, al confiar en la capacidad de recuperación del pueblo español.

Por entonces colabora con los escritores jóvenes en las revistas *Vida Nueva*, *Revista Nueva* y *Alma Española* y escribe obras regeneracionistas como *El caballero encantado*.

El teatro le sirve de vehículo para hacer llegar al pueblo sus inquietudes sociales. Así, en *La de San Quintín*, trata el problema de la fusión de las diferentes clases sociales y en *Alma y Vida* Galdós traspone al siglo XVIII algunos de los conflictos que se viven en esos momentos, obra con elementos simbólicos en la que se aborda el reparto de la tierra, la reforma agraria y el caciquismo. *Por ello al público*

En *Casandra*, el escritor canario vuelve a tratar el problema del clericalismo y en *Celia en los infiernos* la forma de una mejor distribución de la riqueza.

Su actitud política avanzada y el tratamiento social de su teatro, que rompía con los moldes tradicionales anteriores, le acarrió la enemistad de los sectores más reaccionarios del país. Pero ello no mermó el inmenso sentido patriótico de Galdós, su afán de reformar o, más bien, aleccionar al pueblo con sus escritos y, tampoco, su participación política como republicano y miembro destacado de la coalición republicano-socialista. Él mismo lo explicaba con estas palabras: "Cada cual tiene su forma personal de transmitir las ideas: La forma mía no es la palabra pronunciada, sino la palabra escrita, medio de corta eficacia, sin duda, en estas lides. Pero como no tengo otras armas, éstas ofrezco y éstas pongo al servicio de nuestro país."²²

²¹ Véase al respecto nuestro opúsculo *Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós: ejemplo de una amistad* (Santander: Estudio, 1984).

²² Carta del 6 de abril de 1907, reproducida por *El Cantábrico* el día 8 con el título: "Galdós republicano", p. 1.

no captó la intencionalidad del autor de aquellos problemas aplicados a su época.

En 1907 había hecho declaración pública de su republicanismo y del deseo de contribuir con su pluma y con su conducta a promover los cambios necesarios que los grupos regeneracionistas estaban también intentando con su crítica dura y agria. El ilustre habitante de “San Quintín”, a partir de este momento, se compromete políticamente a intervenir en todos los actos de este carácter celebrados durante el verano en Santander. Su acercamiento al grupo socialista e incorporación a la coalición republicano-socialista, de cuyo Comité Ejecutivo fue Presidente, se debió más a su admiración por Pablo Iglesias que a un cabal conocimiento de la doctrina del partido. En este primer año *El Cantábrico* difunde la figura de Galdós republicano y reproduce el discurso de su texto leído en el Centro Republicano de Madrid. Al año siguiente, en 1908, interviene con escritos que se leen en los mítines de Barcelona y San Sebastián. A partir de este momento la palabra escrita de Galdós –ya que casi nunca actuaría como orador– se escucha en cuantos lugares de España el partido organiza actos públicos políticos, por lo que recibe al verano siguiente en Santander la felicitación del Comité del Partido Republicano.

En 1910 se estrena *Casandra*, con la asistencia de representantes de todos los partidos y redacta el texto de la campaña anticlerical, que se celebra también en Santander.

Las dificultades en la visión, que comenzó a advertir en 1904, le obligaron a operarse de cataratas en el ojo izquierdo el 25 de mayo de 1911. El enorme tamaño de su cristalino, que no pudo extraerse, y la inflamación que le sobrevino hicieron que la operación realizada por el Dr. Márquez no le devolviera la visión normal. Un año más tarde se operaba del ojo derecho.

La arterioesclerosis localizada en los vasos del ojo agravaron el proceso que fue evolucionando hasta quedarse prácticamente ciego. Ya en 1910, al escribir *Amadeo I*, se había visto obligado a dictar la obra.

En plena actividad política, surge en 1912 de nuevo y con más fuerza la idea de presentar a Benito Pérez Galdós para el Premio Nobel, ya intentado en 1906. Con este motivo se entabla una contienda entre los grupos defensores de Menéndez Pelayo y Galdós como

presuntos candidatos al Premio de la Academia sueca. Una vez más se dio ahora el enfrentamiento de las dos Españas, representadas por dos figuras igualmente grandes y positivas. A Galdós le apoyaron las izquierdas y a Menéndez Pelayo las derechas. Los Agustinos y el Obispo de Jaca, don Antolín López, se pusieron de parte del novelista. Más bien, no se pusieron en contra suya, lo que ya era bastante. El error grave e inconcebible estuvo en la disgregación de criterios y, en lo que es aún mucho peor, en que las campañas nacionales y locales en favor de Menéndez Pelayo atacaran, como indigno al Premio, al autor de la serie de novelas y dramas considerados anticlericales.

Contaba Miguel de Unamuno que, según testimonio del bibliotecario de la Academia sueca (Comité del Nobel), era raro el día en que no se recibían cartas y telegramas oponiéndose a la concesión del premio a Galdós.

Como apuntó Jacinto Benavente, con ello no se logró otra cosa sino dar ante el mundo un lamentable ejemplo de divisiones e intolerancias²³. El hecho de que un grupo de diputados llevara al Congreso la lista de las adhesiones a don Benito motivó la reacción de los partidarios de Menéndez Pelayo. Aquella competencia y división, de trasfondo político-religioso, no podía beneficiar a ninguna de las dos figuras presentadas. Fueron los dos candidatos los más sensatos y serenos de todos, ya que no contendieron personalmente ni se quejaron jamás en sus escritos.

En Santander, por supuesto, *El Cantábrico* y *El Diario Montañés* tomaron la defensa, respectivamente, de Galdós y Menéndez Pelayo. Pero en esta ciudad tuvo más partidarios Menéndez Pelayo y apoyaron su candidatura el Centro Católico Montañés y la Propaganda Católica de Santander, cuyo documento de adhesión fue suscrito por las organizaciones religiosas más importantes, periódicos de derechas y comunidades religiosas.

Como resultado de esta competencia a nivel nacional no se otorgó el Premio a ninguno de los dos candidatos. Menéndez Pelayo murió en

²³ "Galdós y el Premio Nobel. Lo que dice Benavente", *El Cantábrico*, 1 de marzo de 1912.

ese año y Galdós intentaría, ya en vano, resucitar en los años siguientes la presentación de su nombre, contando con la colaboración de Ramón Pérez de Ayala, pero la causa estaba perdida definitivamente, ya que la Academia de Estocolmo no podía conceder el Premio a un escritor contra el que se habían levantado protestas en su propio país. Y Pérez Galdós y España se quedaron sin un merecido y claro Premio Nobel.

16m
71 año

En 1914 es elegido diputado por Las Palmas. La imagen que nos queda del anciano novelista es de un hombre ya encorvado y ciego que dicta sus escritos y se hace acompañar de su fiel sirviente Rubín o de su sobrino. Recibe visitas, conversa en sus tertulias de "San Quintín", pasea, escucha música y, sobre todo, escribe como si fuera, y de hecho lo era, una norma invariable de disciplina. De aquí que Unamuno dijera que "trabajó a lo último como un jornalero"²⁴. Sus amigos más queridos habían ido muriendo. Primero Amós de Escalante, el poeta exquisito, como le llama; luego Pereda y, finalmente, Menéndez Pelayo. El autor de miles de páginas, el renovador de la novela y del teatro de su tiempo entraba a partir de ahora en un mundo de tinieblas y de recuerdos, sólo acompañado por muy pocos amigos. Los años y los achaques van mermando sus facultades de escritor. En el verano de 1915, en que se entrevista con el Rey en el Palacio de La Magdalena, le había dicho a Barrio y Bravo: "No puedo, no puedo hacer apenas nada con estos dichosos ojos, que son mis tiranos. Lo que yo quisiera hacer he de aplazarlo forzosamente, no sé hasta cuándo. Ahora tengo que contentarme con dictar cosas cortas."²⁵ Por eso se había ya sentido incapaz de realizar la adaptación teatral de *Marianela*, que encargó, primero, a don Ramón María del Valle Inclán y años más tarde, al no cumplir éste la promesa de hacerla, a los hermanos Álvarez Quintero.

La obra se estrenó en el Teatro de la Princesa el día 18 de octubre de 1916. Al otro verano la representaba Margarita Xirgu en el Teatro del Gran Casino del Sardinero de Santander y un mes después en Torrelavega, escenario de la obra. Como si presintiera que era su despedi-

²⁴ Cfr. su discurso en la velada necrológica en el Ateneo de Salamanca en marzo de 1920. En tomo IX de sus *Obras Completas* (Madrid: Escelicer, 1971) 366.

²⁵ Barrio y Bravo, J.: "Salón Pradera. *El Tacaño Salomón*. Comedia en dos actos, de don Benito Pérez Galdós.", *El Cantábrico*, 29 de julio de 1916.

da, acompañó hasta allí a los tres hermanos Álvarez Quintero y a un grupo de amigos y visitaron las minas de Reocín, cuya descripción aparece en la novela *Marianela*. Cuentan que cuando oyó recitar en escena a Margarita Xirgu las palabras de la pobre niña, a la que él llamaba su nieta, no pudo contener en cierto momento su emoción y exclamó sollozando: “¡Nela! ¡Nela!”

También ese verano tiene lugar una conmovedora y unilateral despedida del Rey Alfonso XIII al anciano maestro. Al pasar el coche del monarca frente a “San Quintín”, al ver asomado al novelista en su terraza le saludó repetidamente con la mano. Pero don Benito no pudo percibir aquel saludo cariñoso y sus ojos nublados continuaron mirando hacia un imaginario paisaje, el de su querido Santander.

Todavía permaneció Galdós unos días en Santander recogiendo material para su obra *Santa Juana de Castilla*. El día 29 de septiembre de 1917 salía por la noche en el Correo de Madrid para no regresar nunca más a Santander.

Al verano siguiente, por prescripción facultativa, se le impidió ya viajar y Marañón tampoco se lo había aconsejado el año anterior a su muerte, acaecida cuando estaba próximo a cumplir los setenta y siete años, una fría madrugada de 4 de enero de 1920 en su domicilio de la calle de Hilarión Eslava.

A partir de la ausencia de Galdós en Santander su finca de “San Quintín” no tenía razón de ser para la familia, que debía afrontar los gastos de dos casas. Ya en los últimos años del novelista se pensó en su venta y conversión en un museo de recuerdos galdosianos. La oferta en las mejores condiciones se hizo al Ayuntamiento de Santander. *El Cantábrico*, desde el primer momento, apoyó la idea de transformar aquella casa que contenía toda su biblioteca, parte de la correspondencia y los manuscritos originales de sus obras en un Museo y Biblioteca que llevara el nombre del ilustre autor de los *Episodios Nacionales*.

La idea y la propuesta eran inmejorables, pero los titubeos, la falta de presupuesto, a pesar del informe favorable de la Comisión Municipal de Hacienda, así como motivos político-religiosos y, sobre todo, la falta de visión de los gestores responsables, convirtió lo que era un problema de urgencia en una tramitación crónica, que desde 1919

hasta después de terminada la guerra civil, fue arrastrando el proyecto de la llamada Casa-Museo de Galdós. Las gestiones se hicieron con la Monarquía, la Dictadura de Primo de Rivera, la República e, incluso, después, al crearse el nuevo Gobierno. Una vez más Santander dio un ejemplo histórico de falta de decisión y de unidad en sus criterios. No faltaron estímulos e ideas favorables, se formaron Patronatos y hasta se tomaron acuerdos indicadores de una buena intención, pero “San Quintín”, como ya había vaticinado *El Cantábrico*, pasó a otras manos.

En 1920 escribía este periódico: “Adquirir esta finca es una obligación que impone a Santander la gratitud, tanto como la admiración, porque algún día nos sacarían “los colores a la cara” si nos dijese que habíamos permitido que la casa de Galdós, con todo lo que contiene, cayese en poder de algún veraneante que habría empezado por vender los libros, por deshacerse de los muebles, por anunciar una almoneda para satisfacción y lucro de las prenderas...”²⁶. Las cosas no sucedieron así, pero en parte se cumplió el triste pronóstico del periódico. La consulta de las actas municipales demuestra que los que votaron contra Galdós en la cuestión del Premio Nobel lo hicieron ahora también, después de su muerte. Así, el Ayuntamiento rechazó la oferta de adquirir un cuadro de Galdós del pintor retratista canario Juan Carló y se negó a la Sociedad de Fomento y Turismo de Gran Canaria la ayuda que solicitaban para el monumento a Pérez Galdós²⁷.

En 1927 J. Warshaw publicaba una carta de la familia Galdós, concretamente del hijo político de éste, con la que pretendían salvar toda responsabilidad respecto al destino que pudiera tener la casa en el futuro. “En cuanto a la finca de Santander —escribía Juan Verde— conocida ya como Casa-Museo Pérez Galdós, se la ofrecimos al Ayuntamiento, Diputación y al Estado, mediante el pago del valor único de la finca, cediendo nosotros gratuitamente los manuscritos originales de las obras literarias, dibujos, pinturas, armas, muebles de despacho, biblioteca y dormitorio, en fin, todo cuanto encierra de valor. Por falta

²⁶ *El Cantábrico*, 8 de enero de 1920, p. 1.

²⁷ Sesión del 13 de febero de 1920, folio 166 y del 7 de mayo de 1921, folios 123-24.

de dinero en dichas entidades no ha sido ya adquirido y declarado monumento o Museo Nacional.” Y añadía estas palabras, que tristemente habrían de cumplirse: “... Tal vez algún día nos veamos precisados a vender la finca a algún particular.”²⁸

El político Juan José Ruano de la Sota se interesó vivamente por la adquisición de “San Quintín” por parte del Ayuntamiento de Santander, y con este objetivo escribió a los concejales y funcionarios relacionados con el tema para que votaran a favor de la propuesta. Aunque la Comisión Municipal de Hacienda informó favorablemente el expediente y la compra se trató en la sesión del 24 de enero de 1920, la negociación se fue retrasando hasta entrar en punto muerto. Este año su abogado lo había tasado todo en 400.000 pts., cantidad que en 1930, cansada la familia de tantas promesas y esperas, había rebajado a 280.000 pts. Se habló de una suscripción y, en último caso, de abonarlo mediante obligaciones del Municipio, pero el mal estado económico del Ayuntamiento y la escasa visión de lo que aquella compra significaba para Santander, impidieron su rápida realización. Con la llegada de la República se pensó que cambiaría la situación. La Gaceta de Madrid del 22 de octubre de 1932 publicaba una Ley facultando al Ministro de Instrucción Pública para adquirir la casa y destinarla a Museo y Biblioteca. Creado un Patronato para este fin, tuvieron lugar numerosas reuniones con el Ayuntamiento y la Diputación. Se decía en la prensa que en la decisión había influido la reciente fundación en Santander de la Universidad Internacional. La propuesta al Parlamento para el proyecto de Ley fue presentada por los diputados en Cortes Manuel Ruiz de Villa y Bruno Alonso. El proyecto de la adquisición de la casa de Galdós se aprobó, al fin, por la Cámara en octubre de ese año. Pero las gestiones se fueron retrasando hasta el verano de 1936 en

²⁸ J. Warshaw: “La casa Museo de Galdós ¿en venta?”, I *La voz de Cantabria*. Santander, 8 de diciembre de 1927, pág. 1. Ver también el capítulo “La proyectada Casa-Museo de Galdós en Santander” en *Pérez Galdós, biografía santanderina*, de Benito Madariaga (Santander: Inst. Cultural de Cantabria, 1979) 293-301. Igualmente, del mismo autor, en colaboración con Celia Valbuena, *La Universidad Internacional de Verano en Santander (1933-1936)* (Madrid: Ministerio de Universidades e Investigación 1979) 38-40.

que se daba por seguro el acuerdo que se propuso hacer realidad Domingo Barnés, Ministro entonces de Instrucción Pública. El 16 de julio de ese año se reunió el Patronato en la Biblioteca de Menéndez Pelayo con asistencia de Enrique Sánchez Reyes, Valentín Azpilicueta, Ernesto del Castillo, Elías Ortiz de la Torre y el Secretario de la Universidad, Pedro Salinas. Por fin, el Ministerio y los herederos de Galdós aceptaron las cláusulas del acuerdo. “El Patronato, o algún delegado del mismo, hará en breve entrega al Estado de la finca de “San Quintín” y el Estado librará –informaba *La Voz de Cantabria*– la cantidad de 100.000 pesetas para llegar después al total de los 50.000 duros. La entrega de referencia se hará, probablemente, durante la estancia de don Manuel Azaña en Santander, para dar más realce al acto”²⁹. Pero la declaración de la guerra civil española anuló para siempre aquella gestión cultural. Después, Enrique Sánchez Reyes intentó inútilmente la continuación de lo pactado con los vencedores de la guerra civil, para lo que se entrevistó con el entonces Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, pero no consiguió que pasara al patrimonio de la ciudad la casa y el archivo literario de uno de los más grandes escritores europeos del siglo XIX.

Al ser adquirida “San Quintín” por un particular desapareció el primitivo edificio y sus muebles y documentos fueron trasladados, en gran parte, a Las Palmas, no sin grandes dificultades y gracias al empeño del Cabildo Insular de Gran Canaria.

²⁹ *La Voz de Cantabria*, 17 de julio de 1936, p. 8.

El viaje por Cantabria

en el verano de 1876

Con el fin de que su entrañable amigo Galdós conociera la provincia, organizó Pereda una excursión en la que también participó Andrés Crespo Quintana, distribuidor de géneros coloniales instalado en la Plazuela del Progreso¹.

El viaje se limitó, en principio, a las comarcas próximas a Torrelavega, en la parte occidental de la provincia, procurando no dejarse en aquella rápida visita los pueblos más destacados e importantes que se encontraban en el itinerario, tales como Santillana del Mar, Cóbreces, Comillas, San Vicente de la Barquera, Cabezón de la Sal, etc. y se extendió hasta las tierras más lejanas de la agreste y bellísima Liébana².

Realizaron este viaje en el verano de 1876. Fue una excursión rápida, apresurada, de pocos días, en la que Galdós fue tomando datos con las impresiones y noticias del recorrido con idea, posiblemente, de publicarlos. Sin embargo, el proyecto era bastante comprometido, ya que existían antecedentes de libros y Guías sobre Santander y su provincia que trataban ampliamente el tema desde los puntos de vista histórico y literario, como lo habían hecho, entre otros, Antonio María

H + Ø

¹ José María de Pereda, "Don Andrés Crespo", *El Atlántico*, 4 marzo 1886, p. 1.

² Véase sobre este viaje el cap. VII en nuestro libro *Pérez Galdós. Biografía santanderina* (Santander: Inst. Cultural de Cantabria, 1979) 125-131.

Coll y Puig (1875), José Antonio del Río (1875) y, sobre todo, Amós de Escalante en el excelente libro *Costas y Montañas* (1871) y el Barón de la Vega de Hoz con *Apuntes para la Historia de San Vicente de la Barquera*, cuya primera parte se había publicado en Madrid en 1875. He aquí la razón por lo que se advierte un cierto pudor o temor por parte de Galdós de tratar después el tema y así se lo escribe a su amigo Pereda: "Cuando quedé libre puse la mano a *Cuarenta leguas por Cantabria*, que había empezado ya y que estaba a medias, y no puede V. figurarse lo que he padecido para darle una forma aceptable sin poderlo conseguir.

Al principio había pensado darle una forma novelesca introduciendo pasajes y episodios que hicieran hacedera esta literatura..., que es insoportable cuando es enteramente descriptiva, pero no pudiéndolo conseguir, quité todo lo que había hecho en este sentido y he dejado la descripción pesada. Es del género *turista*, género cursi, *totalmente insulso*, como decía aquel paisano mío, dueño de la *Equidad Recompenzada*.

De veras le aseguro a V. que me avergüenzo de que mi firma vaya al pie de una cosa tan mala. Para mayor desgracia, perdí el papel en que hiciera aquellas ligeras apuntes que V. secundara, y no he tenido más guía que mi flaca memoria. Todos los nombres están equivocados. Es tan detestable el fondo como la forma, llena de incorrecciones. Como a pesar de esto [insiste] en ponerla en la Tertulia, se la enviaré a V. en pruebas o en pliegos sueltos (sale en la Revista de hoy, 28), para que la corrija y le enmiende los nombres, y le quite y le ponga todo lo que crea conveniente. Ojalá la dejara V. en tal estado, que no la conociera el padre que la engendró."³

Con el título *Cuarenta leguas por Cantabria* (*Bosquejo descriptivo*) se publicó el trabajo en los números 210 a 212, en la *Revista de España* de Madrid. Al final, el autor fecha su conclusión en diciembre de 1876.

³ Carta del 28 de noviembre, en "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda", por Carmen Bravo-Villasante, *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 250-252 (Madrid octubre 1970 - enero 1971) 10.

Cuando Pereda recibió la primera parte de la publicación le hace ver a su compañero y amigo que no había motivos para mostrar descontento, ya que el trabajo tenía un especial encanto literario y le había gustado incluso a Menéndez Pelayo. El 6 de diciembre se lo hace saber así a Galdós: “Como señal de buen agüero, pocas horas después de llegar, recibí la *Revista de España*, en la cual tuve el regaladísimo gusto de leer la primera parte de sus *Cuarenta leguas por Cantabria*. Una de dos, amigo mío, o V. extrema, por modestia, su desconfianza o yo he perdido toda noción de estética, como ahora se dice. Dígolo porque a la vez que V. insiste en que ese viaje le da pesadumbres y parece abochornarse de firmarlo (recuerde lo que le dije en mi anterior acerca de los desacuerdos entre autores y lectores), yo creo que es lo más salado y *chispeante* que ha salido de su pluma. Aquello de Santillana no puede tener rival en el género; y sólo son comparables a ello esas deliciosas caricaturas de G. Doré que tanto abundan en una edición que yo tengo de *Les Contes drolatiques*, de Balzac, con la ventaja sobre éstas de que en la de V. se moja el lector y siente el húmedo contacto del musgo, y el rumor del *regato* y el de la gente de otros siglos, y tiritita en la abadía, de frío y miedo. Para que todo sea original en el cuadro, hasta en el modo de tirarse V. de pechos al asunto sin preámbulo ni bordaduras, estuvo V. atinadísimo. Es una verdadera obra de arte la descripción de Santillana, y le repito que en mi concepto, no puede hacerse nada tan vivo, fresco y retozón con la prosa castellana. Cuantos aquí lo han leído opinan como yo (incluso Menéndez), y los que, como nosotros, conocen las famosas *Gargantas*, esperan con afán a que llegue V. a ellas.

17 / Tal es lo que contesto a la exposición de razones que V. me presenta *contra* ese cuadro en la carta del 28; o lo que es lo mismo, el tribunal de jueces de acá falla: que el autor de las *Cuarenta Leguas*, al decir lo que ha dicho sobre su propia obra, *no sabe lo que se dice*. Añádole ahora, que pondré el mayor esmero en corregir (sic) cuantos errores de memoria tope en la lectura, como por ejemplo, enterrar a Santa María en vez de Santa Juliana, suponer dudoso su martirio, que es auténtico, en vez de poner en duda la traslación de su cuerpo a Santillana, llamar Framalón a Tramalón, etc. En lo que pienso meter un poco la hoz es en el párrafo de las monjas un poquillo recargado de

irreverencia, que acaso, y aún seguramente, ha de hacer mal efecto en el pueblo fósil. Pienso, si V. no se opone, suprimir el parrafito que empieza "allí están las pícaras"⁴.

No parece que debió de convercerle mucho a Galdós la aprobación y alabanzas de sus amigos santanderinos y en carta a Pereda del 26 de diciembre le informa sobre la segunda parte del viaje y del inmediato envío de las pruebas para su corrección. Le confiesa en ella que no ha sacado al tema todo el partido que ha podido, debido a que fue "escrito a empujones" y mandadas las cuartillas de dos en dos a la imprenta... "En cuanto a lo que V. me dice de la primera parte, conozco demasiado su benevolencia para no atribuir a ellas las lisonjas... Desde luego creo que la poetisa de Comillas lo hubiera hecho peor; pero *Las cincuenta leguas* (sic) no merecen [figurar] entre las verdaderas obras literarias. Con (...) y estudio, quizá lo tendrían pero tal como están no, que lo está muy a la ligera y no contiene nada que no sea muy sabido."⁵

En el mismo año en que aparecía publicado el viaje en la *Revista de España*, de Madrid se reproducía también en la revista santanderina *La Tertulia* de la que era director Francisco Mazón⁶.

El bosquejo descriptivo del viaje fue acogido en la provincia de origen de una forma muy desigual. Si bien era cierto, como había apuntado José María de Pereda, que tenían un indudable encanto poético, pese a su brevedad, también era verdad que al final Galdós, posiblemente cansado del tema, le daba por concluido precipitadamente con *Basta*, corto capítulo final que supone un cerrojazo al viaje dejando fuera sus impresiones de Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Peñero, Barcenaciones, Quijas y otros pueblos de recorrido. Incluidos estos lugares, hubiera sido una de las mejores Guías de la provincia sobre esa parte del occidente montaños. "Insisto en lo que le dije de la

⁴ Soledad Ortega, *Cartas a Galdós* (Madrid: Revista de Occidente, 1964) 43-44.

⁵ Carta del 26-XII-76, en Carmen Bravo-Villasante, o.c., p. 12.

⁶ Salvador García Castañeda, "Galdós en Santander: sus colaboraciones en *La Tertulia* y en la *Revista Cántabro-Asturiana* (1876-1877)", *Anales Galdosianos* XIV (1979) 125-129.

primera parte de sus *Cuarenta Leguas*. Del resto añado, con igual franqueza, que pasa V. muy deprisa por las *Gargantas*, y que desaira a Cabezón y su hermoso Valle cerrando el libro antes de llegar a él.”⁷ El viaje hay que considerarlo, entonces, como un testimonio de cortesía de Galdós hacia aquellos amigos que le habían servido de acompañantes y cicerones y le habían mostrado algunos de los pueblos más seductores y bellos de la geografía de Cantabria.

Comienza el relato del viaje por la descripción de Santillana del Mar. El ojo del escritor se comporta como una cámara fotográfica que nos revela y descubre los rincones y lugares más atrayentes de Santillana. Con un lenguaje propio de los relatos de viaje hace una reconstrucción del espíritu de la villa centenaria, dormida en la historia de los siglos. La visión poética de Galdós es insuperable y constituye la mejor guía para quien quiera comprender, de una manera abreviada, el estado entonces de sus callejas, de sus edificios y monumentos, de sus blasones... Lafuente Ferrari ha escrito que Galdós fue el descubridor literario y prematuro de Santillana⁸.

El novelista se detiene en la descripción de la Abadía, la austera y bella Colegiata; de su maravilloso claustro, para pasar revista de una manera breve, como viajero apresurado, al palacio de Casa-Mena y a su importante biblioteca.

Pérez Galdós nos hace una sugestiva descripción de los rincones de Santillana, que entremezcla con bellísimas alusiones paisajísticas. El mérito de este breve relato se cifra en el aire misterioso que sabe dar a la que llama “villa difunta”, con olor a humedad y a cementerio, a la que rodea de tonos, luces y colores fantasmagóricos, propios de un mundo de sombras con los que traza unas pinceladas maestras que sirven de introducción a la visita a la Colegiata. Resulta curioso cómo la impresión de Galdós sobre Santillana coincide con la de Antolín Esperón cuando la visitó en 1848, quien se refiere al aislamiento de la célebre villa y a su silencio, que le hace suponer al forastero “que está en medio

⁷ Pereda, o.c., p. 46.

⁸ *El libro de Santillana* (Santander: Diputación Provincial, 1955) 23.

de un cementerio”, particularidad señalada también después por otros escritores⁹.

Suponemos que fueron las alusiones de Galdós a la soledad de Santillana y al abandono de “tanto caserón viejo”, las que motivaron que el Marqués de Casa-Mena se quejara al escritor por suponer que hablaba mal de Santillana en su relato y hasta se pensó contestar al novelista para devolver al pueblo el supuesto prestigio perdido.

El autor del viaje en carta a Pereda, en marzo de 1877, se defendía de esta acusación diciendo que “no esperaba haber ofendido a los Santillaneros que sin duda esperan que los viajeros han de ver en aquel puntilloso pueblo un Londres por lo grande, un París por lo bello, una Roma por lo monumental y una Sevilla por lo alegre.”

Resultó lamentable que para entonces no estuviera abierta al público la cueva de Altamira, ya que en ese año Sautuola había realizado su primera visita y descubierto las pinturas de la quinta galería¹⁰. El comentario del escritor canario hubiera tenido, sin duda, un gran valor histórico y artístico. Sin embargo, se refiere a la excursión a unas grutas cercanas a Comillas, que suponemos fueran la de La Meaza, y la de Las Cascaras, ambas de interés prehistórico.

Alfoz de Lloredo es el segundo pueblo en el que se para el novelista para hablar de los “jándalos” y de la influencia meridional de esta zona, en la que los naranjos de Novales recuerdan Andalucía. Pero también vieron Cóbreces, Toñanes y Ruiloba y se acercaron hasta la playa de Luaña, frecuentada ya entonces por bañistas.

Aparte de su dedicación a la agricultura, Alfóz de Lloredo era, en

⁹ Antolín Esperón, “Impresiones de viaje. Santander y provincias vascongadas”, *Seminario Pintoresco español*, núm. 29 (Madrid, 21 de julio de 1850) 229. También Manuel Llano se refiere a la Santillana agrietada, “apacible de silencio y ancianidad”, *Artículos en la prensa montañesa* (Santander: Diputación Provincial, 1972) II, p. 543. En este mismo sentido Luis Redonet escribe: “Muy de notar es también, como peculiarmente característico de Santillana del Mar, el fenómeno, asimismo observado, entre otros publicistas, por Pérez Galdós y Ricardo León, de que no se ve gente, de que no hay nadie, de que nadie nos mira ni se asoma a las ventanas para vernos pasar.” *Santillana del Mar. Monumento histórico-artístico nacional* (Madrid, 1943) 23.

¹⁰ Marcelino Sanz de Sautuola, *Escritos y documentos*, Edición de Benito Madariaga (Santander: Inst. Cultural de Cantabria, 1976) 20.

aquellos años, una comarca que explotaba minas de zinc y de hierro. El monte Tramalón le parece a Galdós un remedo de Sierra Morena, aunque sin bandoleros tan románticos y peligrosos.

De aquí continuaron viaje a Comillas, cuya visión, con sus casas, su mar y el aspecto alegre de sus gentes, le produjo al novelista una grata impresión. “Comillas –escribe– es uno de los pueblos más cultos de la costa cantábrica y de los más morigerados y trabajadores.” Destaca entre sus monumentos el Colegio, la Parroquia y el Ayuntamiento. También a Pereda le era Comillas un pueblo muy querido por traerle recuerdos de su niñez, ya que él había pasado temporadas en casa de su primo Domingo Cuevas. En *Escenas Montañesas* dedicó unas páginas a la villa de los cuatro arzobispos, si bien años después lamentaba que “el espíritu moderno” hubiera cambiado su fisonomía. Ya para entonces la industria minera de hierro y de zinc tenía plena vigencia y su puerto exportaba la calamina, aunque se advertía la decadencia que ya mostraba la villa en sus pesquerías, en el comercio y en sus expediciones indianas. En *Gloria*, Galdós parece aludir al cementerio de Comillas al que describe en este viaje como “una injente mole de piedra que fue iglesia y hoy parece que es cementerio”.

En su itinerario llega hasta San Vicente de la Barquera y recorre sus “empinadas calles” que le conducen hasta la iglesia, donde los viajeros pudieron contemplar el templo y la bellísima estatua yacente del inquisidor Antonio del Corro. “La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán a que el reverendo levante la marmórea cabeza y aparte del Libro los ojos sin pupila para mirarle a él.” Fue entonces, según cuentan, cuando Pereda se dirigió al Inquisidor y mostrándole a don Benito, le dijo: “¡Ahí le tienes! ...¡Échale a la hoguera!”¹¹

Lo primero que llama su atención al llegar al pueblo es la visión de las marismas de la Rabia, que le parecen tristes y solitarias, lo que contrasta con el “incomparable panorama de San Vicente.”

Siguiendo la costa hacia el oeste llegaron a orillas del Nansa, cuya desembocadura origina el puerto de Tinamenor. La otra ría, en la de-

¹¹ J. Montero, *Pereda* (Madrid, 1919) 375.

sembocadura del Deva, Tinamayor, le parece también triste, aun contando con la presencia airosa de un par de pataches que dibujaban su silueta en el horizonte. En Unquera cenaron y pernoctaron en el parador del francés Blanchard, si bien el ruido de aquel mesón, con trazas de venta, debió de dejar en vela a los fatigados viajeros. De Unquera tomaron rumbo a Peña Mellera, región de la que sólo nos describe la belleza del valle y nos cuenta la anécdota del ingeniero que cambió en San Pedro de las Vaderas el itinerario de la carretera para conducirla, de manera absurda, bajo la ventana de la casa donde vivía una joven de la que estaba enamorado.

El deseo de conocer Liébana les hace pasar por Panes sin detenerse, “porque la atracción de la Hermida, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante”. Galdós describe magistralmente el ambiente agreste de aquel paraje limitado por el río y el enorme murallón de la montaña. Al viajero dice que excita su imaginación el sublime espectáculo y, en efecto, la descripción bien merecía completarse con un grabado de Gustavo Doré. Al recorrer la garganta de La Hermida, a la que define, a causa de su largo y estrecho camino, como “esófago de la Hermida”, el lector tiene la sensación de haberse enfrentado a un espectáculo imponente de la naturaleza. En esta zona, de la que dice José Antonio del Río que “no entra el sol desde el 26 de octubre hasta el 28 de marzo”, son frecuentes los desprendimientos de grandes piedras que ruedan hacia el río, llamadas por los lugareños “lágrimas de San Pelayo”, a causa de existir un santuario dedicado a este santo entre los roquedos que rodean el pueblo¹². Distante cuatro leguas de Potes, tiene fama el manantial antirreumático de aguas termales que era utilizado en la temporada desde primero de junio a últimos de septiembre por más de mil usuarios. Galdós y sus acompañantes contemplaron Lebeña, pasaron por Cillorigo hasta llegar a Potes, a la que llama “villa ilustre y señora de estos adustos lugares”. En este pueblo, al que otorga una fisonomía leonesa, encuadrada en un marco de picos nevados, nos presenta sus productos agropecuarios, que le han dado fama: sus viñedos que producen un chacolí tan “fresco

¹² *La provincia de Santander* (Santander, 1875) 186-191.

y puro como el Burdeos", los jamones que superan, a su juicio, a los de Westfalia e igualan al de York y el picante queso lebaniego, comparable al mejor Roquefort. Galdós fue el mejor propagandista de las excelencias de los productos comestibles de Liébana. Se podría decir, con justicia, que realizó la primera tipificación y denominación de origen de estos alimentos, entre los que menciona también a los populares garbanzos con los que se prepara el cocido lebaniego.

Cita Galdós entre los nativos célebres de Liébana a Jesús de Monasterio, pero se olvida del Dr. Santiago González de Encinas, Gerónimo Mateo de la Parra, Francisco de Potes y, sobre todo, de Rafael Floranes. (1)

El viaje de regreso se realizó prácticamente por el mismo camino; pernoctaron en Panes y, pasando por San Vicente de la Barquera, cogieron la ruta del valle de Cabezón que, lamentablemente, no describe. Aquí se acaba el viaje, como si el narrador se hubiera cansado de escribir el relato descriptivo, tan difícil para un extraño, del recorrido por esta tierra riquísima en contrastes, monumentos y bellezas naturales como es la de Cantabria.

el Pade
colis.
obispo
que fue
de
Legona

Resulta extraño que no mencionaran Santo Toribio
de Liébana

(1) Asimismo, todo Galdós se refiere al Dr. González de Encinas en un artículo que reproducimos en este antológico.

Ediciones

Cuarenta leguas por Cantabria (Bosquejo descriptivo) se publicó por primera vez en *Revista de España* en los números 210-212 de 1876 y está fechado su final en Madrid en el mes de diciembre de ese año.

Con objeto de ofrecer a los montañeses la posibilidad de conocer este relato de viaje, volvió a publicarlo Galdós en la revista *La Tertulia* de este mismo año¹³. La parte correspondiente a Santillana del Mar la utilizó para sus colaboraciones periodísticas en *El Imparcial* de Madrid del 26 de diciembre de 1882, en *La Diana* del 22 de enero de 1884 y en *El Liberal* del 14 de julio de 1893. En 1894 le concedió autorización a Díaz de Quijano para publicar *Cuarenta leguas por Cantabria*, edición de la que no hemos visto ningún ejemplar.

El texto completo volvió a reproducirse en *Revista Portorriqueña*, I (1888) y alguno de los cuadros descriptivos en *El Eco Montañés* de 1901¹⁴.

Las numerosas correcciones que hizo el autor en el texto en septiembre de 1879 pasaron a posteriores ediciones como la de Biblioteca de Viajes (Madrid, 1985), la de la Biblioteca Mignon de 1905 y las que aparecen en sus Obras Completas. Sin embargo, el texto reprodu-

¹³ Ver las páginas 298-306, 347-350, 375-78, 395-400 y 429-433, donde incluyó todo el texto en XII apartados.

¹⁴ Cfr. el 23 de marzo, 13 de abril y, 7 y 21 de septiembre de 1901, pp. 1 y 2.

cido en *El Eco Montañés* maneja el mismo de *La Tertulia*. En todas las ediciones figura el error inicial de escribir Lobeña por Lebeña, incluso en la citada revista cántabra.

Como la
Muerto el autor, han aparecido diversas ediciones totales o parciales de *Cuarenta leguas por Cantabria*, la última de ellas de Ediciones Giner (1975), con un prólogo de Federico Carlos Sainz de Robles¹⁵

Nuestra edición sigue el texto de las Obras Completas. Como puede verse, difiere bastante con referencia al primitivo texto de *La Tertulia*, cuyas variantes hemos señalado a pie de página junto con algunas otras notas sobre diversos aspectos del relato de viaje¹⁶.

1/ últimamente, la publicada por el diario
Alerta
Variantes
Benito Madariaga

¹⁵ Para un conocimiento de la bibliografía sobre el novelista canario puede verse: Manuel Hernández Suárez, *Bibliografía de Galdós* (Las Palmas: Edic. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1972) 465-467 y "Bibliografía galdosiana" por Luciano E. García Lorenzo, en *Cuadernos Hispanoamericanos* n.º 250-252 (Madrid, octubre 1970, enero 1971, pp. 758-797. La referente a Santander aparece en *Pérez Galdós, biografía santanderina* (1979) 429-457, de Benito Madariaga y Celia Valbuena.

¹⁶ Yolanda Arencibia, en *La lengua de Galdós (Estudio sistemático de variantes en Galeradas)*, (Canarias: Consejería de Cultura, 1987), analiza con detalle las correcciones rectificaciones y variantes del novelista referidos al Episodio Zumacárregui.



Cuarenta leguas por Cantabria

Al entrar en Santillana parece que se sale del mundo. Es aquélla una entrada que dice: «No entres.» El camino mismo, al ver de cerca la principal calle de la antiquísima villa, tuerce a la izquierda y se escurre por junto a las tapias del palacio de Casa-Mena, marchando en busca de los alegres caseríos¹ de Alfoz de Lloredo. El telégrafo, que ha venido desde Torrelavega, por Puente San Miguel y Vispieres, en busca de lugares animados y vividores, desde el momento en que acierta a ver las calles de Santillana da también media vuelta y se va por donde fue el camino. Locomotoras jamás se vieron ni oyeron en aquellos sitios encantados. El mar, que es el mejor y más generoso amigo de la hermosa Cantabria, a quien da por tributo deliciosa frescura y fácil camino para el comercio; el mar de quien Santillana toma su apellido, como la esposa recibe el del esposo, no se digna mirarla ni tampoco dejarse ver de ella. Jamás ha pensado hacerle el obsequio de un puertecillo, que en otras partes tanto prodiga; y si por misericordia le concede la

Nota. Las notas que aparecen en esta edición son las variantes que introdujo Galdós al primitivo texto de 1876 cuando publicó la edición de 1879. Se acompañan también otras notas explicativas o bibliográficas para utilidad del lector.

¹ «pueblos»

playa de Ubiarco, las aviesas colinas que mantienen tierra adentro a la desgraciada villa no le permiten hacer uso de aquel mezquino desahogo. Contra Santillana se conjura todo²: los cerros que la aplastan, las nubes que la mojan, el mar que la desprecia, los senderos^{2(bis)} que de ella huyen, el telégrafo que la mira y pasa, el comercio que no la conoce, la moda que jamás se ha dignado dirigirle su graciosa sonrisa.

El viajero no ve a Santillana sino cuando está en ella. Desde el momento en que sale la pierde de vista. No puede concebirse un pueblo más arrinconado, más distante de las ordinarias rutas de la vida comercial y activa. Todo lugar de mediana importancia sirve de paso a otros, y la calle Real de los pueblos más solitarios se ve casi diariamente recorrida por ruidosos vehículos que transportan viajeros, que los matan si es preciso, pero que al fin y al cabo los llevan. Por la calle central de Santillana no se va a ninguna parte más que a ella misma. Nadie podrá decir: «He visto a Santillana de paso.» Para verla es preciso visitarla.

Los habitantes mejor situados de esa venerable villa muerta son las monjas. Ellas, dede las desvencijadas ventanas de los dos grandes conventos construidos hace siglos, a la derecha del camino cuando se baja al campo de Revolgo³, pueden atisbar a todo el que pasa, aunque no entre⁴ en Santillana. Disfrutan de ameno paisaje, aunque no espacioso, y de la gran⁵ compañía de hermosos árboles y frescas praderas. Aquellas pobres ascetas, arrojadas las más de los secularizados conven-

² Esta frase debió de ser la que molestó a los santillanenses.

^{2bis} «caminos»

³ El campo de Revolgo era el lugar elegido para la celebración de las fiestas, las reuniones del pueblo, las justas y torneos y donde tenían lugar los recibimientos solemnes.

⁴ «vaya a» ⁵ «grata»

tos de la provincia, son los únicos vecinos de Santillana que ven cielo, árboles, la incomparable perspectiva de los suelos verdes y frescos, colinas, campos, una lontananza que hace veces de horizonte y, sobre todo, pasajeros.

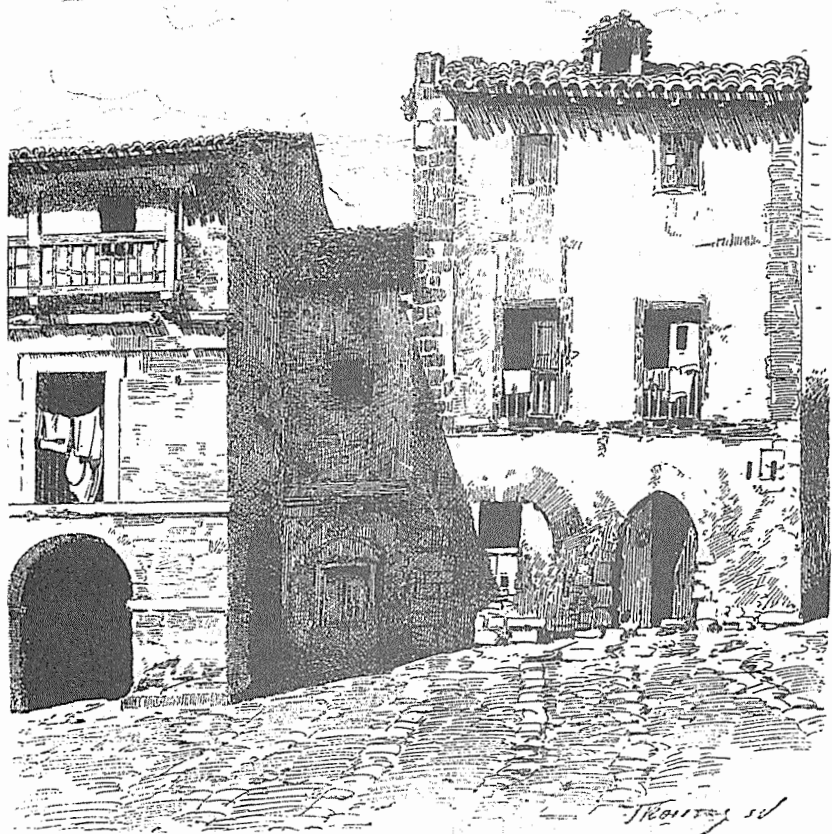
Sírvanos de amparo la mirada de las vírgenes del Señor para penetrar en la villa difunta. Es preciso dejar el coche a la entrada, no sólo porque aquí no hay longitudes fatigosas, sino porque los que empedraron⁶ estas calles⁷ no pensaban que algún día hubiera carruajes en el mundo. Entramos, y las históricas casas detienen nuestro paso, nos dan una especie de «quién vive», nos miran con sus negros balconcillos soñolientos, medio cerrados, medio abiertos; fruncen el negro alero podrido, y parece que la enorme pared verrugosa se inclina en ceremoniosa y lenta cortesía. Nuestro estupor aumenta cuando advertimos⁸, mirando a todos lados, un fenómeno rarísimo y que no se observa ni al visitar los pueblos más muertos. No se ve gente. No hay nadie. Nadie nos mira, nadie nos sigue, y el roñoso gozne de la ventana secular no gime lastimero abriéndose para dar paso a un semblante humano.

Todo es soledad, un silencio como el del sepulcro o, mejor, como el del campo. Ni pasos⁹ de hombre ni de bruto turban¹⁰ el sosiego majestuoso que rodea las¹¹ venerables casas. Allí, como entre cartujos, todo se dice con la expresión de la fisonomía; nada se habla.

Ninguna puerta antigua se parece a estas puertas; ningún ojivo¹² ventanucho, ningún giboso balcón ni tuerto tragaluz se parece a los huecos de estas viviendas, cuya fisonomía es completamente extraña a los tiempos presentes. Los siglos no han

⁶ «no fueron empedradas» ⁷ «en la creencia de que algún día hubiera carruajes en...» ⁸ «mirando a todos lados advertimos» ⁹ «paso» ¹⁰ «turba»

¹¹ «aquellas» ¹² «ventanucho ojivo»



Casa del Aguila de Santillana.

“Entramos, y las históricas casas detienen nuestro paso, nos dan una especie de «quien vive», nos miran con sus negros balconillos soñolientos, medio cerrados, medio abiertos; fruncen el negro alero podrido, y parece que la enorme pared verrugosa se inclina en ceremoniosa y lenta cortesía”.

mudado nada¹³ ni puesto su mano remendona en parte alguna de los destartalados edificios. Los habitantes de ellos no pueden ser como nosotros, y de seguro, si no los vemos en el momento presente, es porque han ido de fiesta y volverán de súbito, mostrándonos sus avellanados rostros dentro de las golillas¹⁴ y pasando casi a saltos y cuidadosamente de piedra en piedra para no mancharse de barro las enjutas piernas con negras calzas.¹⁵

Hay casas pequeñas, cuyo techo parece estar¹⁶ al alcance de nuestra mano; otras grandes, que se estiran, manifestando cierta finchada animadversión al vernos pasar. Unas esconden su fealdad en un ángulo; otras, ventrudas y derrengadas, apoyándose a podridos puntales, salen y estorban como el tullido con muletas que pide una limosna. Las hay que muestran el vanidoso escudo ocupando media fachada; las hay que muellemente se reclinan sobre su vecina. Echándole¹⁷ a ésta el peso de una teja, daría con su cansado cuerpo en tierra; aquella¹⁸ otra, por el contrario, muestra en sus hermosos sillares gran confianza¹⁹, vanidoso convencimiento de remojarse en sí misma, y su curtido rostro expresa las aguas del venidero siglo.

A todas les ha salido de tal manera el musgo²⁰, que parecen vestidas de una piel verdinegra. En las junturas y en los desperfectos, variadas especies vegetales muestran su pomposa lozanía. A trozos vese interrumpida la hilera de habitaciones por tapias de huertas, en que el musgo es resbaladizo y sutil²¹ como el más fino terciopelo. Ejércitos de helechos en fila coronan el muro de un extremo a otro, y moviéndose a com-

¹³ «nada,» ¹⁴ «golillas,» ¹⁵ «calzas negras» ¹⁶ «estar» ¹⁷ «Quitándole a aquella» ¹⁸ «esta otra» ¹⁹ «de sí misma, y su curtido rostro expresa vanidoso convencimiento de remojarse» ²⁰ «el musgo de tal manera» ²¹ «fino»

pás, a impulsos del viento, parece que corren. Una higuera extiende sus brazos hasta media calle, cual si quisiera decir algo, con suplicante ademán, al transeúnte. En otra parte vese, en lugar de puerta, un gran arco de fábrica, por el cual un arroyo se mete tranquilo y sin bulla dentro de la masa de edificios, perdiéndose en laberintos oscuros, a cuyo extremo se alcanza a ver la indecisa claridad del hueco por donde sale al campo. Sobre aquel río se alza una vivienda misteriosa, toda negra, toda húmeda, tan vieja, que los reinos de la Naturaleza se han confundido, y no se sabe lo que es liquen, lo que es piedra, lo que es viga, lo que es hierro. Al punto²² que la ve, llénala la incitada fantasía de novelescas historias: que no hay torreón sin duende. Pregúntale su abolengo, el número de horas que han transcurrido suavemente desde el primer día de su existencia y el número de vidas que se han sucedido en su recinto, como las leves ondas del pequeño río que va²³ pasando y perdiéndose la una en la otra.

El aldabón se mueve y llama; retumba la bóveda del portal como una respuesta soñolienta; ábrese una ventana y las vigas de la escalera crujen; suenan pisadas de inquietos corceles, ladridos de perros cuyo lenguaje no parece igual al de los perros de nuestro siglo; óyense preguntas y respuestas en la cuales se destaca el majestuoso asonante del *Romancero*. En la penumbra, gallardas plumas negras se mecen sobre las cabezas, y entre las voces se siente sonajeo de espuelas y roce de rechinantes conteras contra el suelo. Las capas oscuras parecen sombras que entran y salen. Una luz macilenta, por hermoso brazo sustentada, alumbra de improviso colores más vivos, y las bruñidas²⁴ cotas lanzan plateados reflejos. Las voces, las luces, se van extinguiendo al fin. Descansan los ca-

²² «Llénala al punto» ²³ «van» ²⁴ «bruñidos petos»

ballos, cesan de chillar las añosas²⁵ maderas de la escalera, se pierden los pasos, a lo lejos golpean algunas puertas; gruñen, en vez de ladrar los perros; desaparece la luz; piérdense en absoluta oscuridad plumas y capas y todo cae en profundo sosiego. Poco después, de toda aquella algazara no queda más que la vibrante palabra diatónica del sapo, un asqueroso hablador de la húmeda noche, que perennemente está haciendo su pregunta sin que nadie le conteste.

Defendámonos contra la fantasmagoría. ¡Atrás, sombras vanas, imágenes absurdas! No nos dejaremos fascinar; lucharemos contra la ilusión hasta vencerla y poner sobre sus destrozados restos el orgulloso pabellón de la realidad. Si es de día ¿a qué vienen esas sombras donde se mecen airoas²⁶ plumas? ¿De qué rincón han salido esos vagabundos que hablan en romance? Abajo la leyenda; reine²⁷ la vigilante observación que todo lo mide y a cada objeto²⁸ da su color y a cada boca su palabra. Por fin vemos gente. Un aldeano pasa y nos saluda con la grave urbanidad del montañés que no se ha depravado en el muelle de Santander o en las minas de Reocín²⁹. Por la calle de las Lindas bajan dos muchachas, que nos miran y luego hablan entre sí, comentando nuestra visita a Santillana. Al fin, entre tanto caserón viejo, entre tanta puerta corroída, divisamos³⁰ algo que chilla y disuena. Parece que se oye un «alto» brutal. La impresión es fuerte, porque se había perdido la noción de las perspectivas a la moderna y el ánimo no estaba preparado para transición tan brusca. Mas no hay que asustarse: aquel establecimiento flamante es botica, y su pórtico há-

²⁵ «viejas» ²⁶ «gallardas» ²⁷ «y reine» ²⁸ «le da»

²⁹ Se refiere a las minas explotadas desde 1856 por la Real Compañía Asturiana. Para conocer la zona, ver *El valle de Reocín* de J.R. de Salazar (Torrelavega, 1907).

³⁰ Suprime resto por: «un establecimiento moderno»

llase pintado de blanco con gallardos ramitos azules que le dan muy bien ver. En la puerta, varios jóvenes de la población entretienen las inacabables horas de Santillana hablando de política, de³¹ los toros de Santander o de las menudas historias de la villa. Y que hay todavía historias en Santillana, pueblo de tantas grandezas, no podemos dudarlo ya desde que hemos visto que hay gente.

La Abadía³²

Para llegar al³³ atrio es forzoso³⁴ que pasemos sobre una reja colocada horizontalmente, sistema de ingreso que el viajero no acierta a comprender si no le advierten que los cerdos y las vacas, que libremente pasean por las calles de la villa, entrarían con el mayor desenfado en la santa iglesia, si por aquel ingenioso medio no se les detuviera. Abundante yerba crece en el atrio, y sus informes baldosas, sobre las cuales han pisado tantos siglos entrando y saliendo, están rodeadas de verdura entre charcos que la lluvia renueva sin cesar. A la derecha se alza la torre, cuadrada, rojiza, semejante por su esbeltez³⁵ a los cubos mozárabes de Castilla la Nueva. Mirada atentamente, y prescindiendo del parentesco más o menos lejano que tienen todas las obras de arquitectura, y en particular las obras orientales con las románicas, se ve que es cosa muy distinta. Una austeridad cenobítica domina en la galería superior, en el ajimez, en las columnas cilíndricas de los ángulos y en los cordones horizontales, que parecen puestos allí para ceñir³⁶ las di-

³¹ «o de los»

³² Sobre la Colegiata de Santillana existen numerosos estudios de autores como Amós de Escalante, Escagedo Salmón, Ortiz de la Azuela, F. González Camino y Aguirre, Luis Redonet, Lafuente Ferrari, García Guinea y María Eálo de Sá»

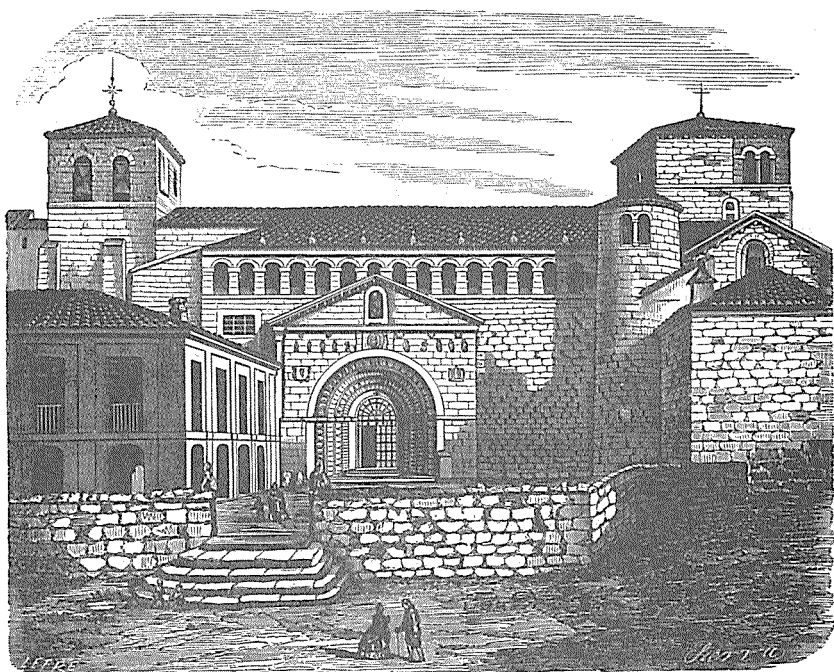
³³ «entrar en el» ³⁴ «preciso marchar» ³⁵ «gallardía» ³⁶ «atar»

versas fases de la fábrica. La³⁷ puerta principal es un noble vestigio que inspira compasión. Las series de arcos concéntricos cuajados de estrellas, perlas, cabecillas de clavo, lacerías, cables, zig-zag³⁸, dientes de sierra, apenas conservan restos de esta peregrina³⁹ ornamentación; los capiteles están roídos, y las figurillas⁴⁰, mutiladas; pero tal es la fuerza del arte, que parece que⁴¹ tienen expresión aun sin tener cabeza.

Dentro, la mirada se extiende por una nave de regular altura y dos laterales más bajas que no se confunden con el⁴² ábside, sino terminan a ambos lados del presbiterio en pequeñas capillas. Otra nave alta corta a la primera en cruz, estableciendo la forma latina. Las bóvedas y arcos, de medio punto en algunos sitios⁴³, peraltados en otros, parece que buscan o presagian la ojiva. La vista de este hermoso edificio románico, cuya data de construcción fácilmente fija el observador en el duodécimo siglo, causa fatiga y desconsuelo. Se ve que la noble construcción pugna por mostrarse rompiendo el velo espeso que la cubre; porque ni los variados capiteles ni las impostas y las cornisas que el escultor llenó de imitaciones de la Naturaleza, labrándolas con inocente estilo, aparecen con claridad a la vista. Todo está cubierto y velado por una capa espesa de yeso;⁴⁴ las figuras se ven como si estuvieran arrebujadas en un manto blanco, bajo el cual tiemblan de frío y de vergüenza. Es preciso, para que la Colegiata de Santillana brille como merece, que haya una mano hábil que la desnude, así como hubo una bárbara mano que la vistió. Si al menos hubiera cubierto⁴⁵ los grupos desvergonzados que decoran altos capiteles en la capilla de la derecha, la profanación artística habría tenido alguna disculpa; pero cuidó de dejarlos como

³⁷ «gran puerta» ³⁸ «zigzags» ³⁹ «caprichosa» ⁴⁰ «figuras» ⁴¹ el «que» está suprimido ⁴² «en el» ⁴³ «y» ⁴⁴ «y»

⁴⁵ Hoy esas figuras están cubiertas



Colegiata de Santillana del Mar.

“La vista de este hermoso edificio románico, cuya data de construcción fácilmente fija el observador en el duodecimo siglo, causa fatiga y desconsuelo.”

todos los demás, y hoy son los primeros que el maligno sacristán enseña a los forasteros.

La Colegiata es pobre: su pobreza está pintada en todo el edificio, desde el basamento de las columnas hasta la clave de la última bóveda; en la figura del monaguillo, que, vestido con blusa azul y calzado con⁴⁶ alpargatas, entra y sale, desempeñando su oficio con el⁴⁷ gracioso aburrimiento propio de todo⁴⁸ monaguillo; en el túmulo negro goteado⁴⁹ de amarilla cera, que sirve para recibir las ofrendas, y en el mucoso candelero que las alumbra. Sin embargo, un frontal de plata repujada⁵⁰ cubre el altar mayor, y la sacristía guarda joyas de precio que no se aplican diariamente al culto⁵¹.

Los sepulcros notables son dos: el de Santa Juliana, una mártir de la Propóntide, y el de la infanta doña Fronilde, de autenticidad muy disputada por los críticos. Ambos enterramientos son de una antigüedad respetable, y las extrañas figuras y emblemas que los adornan desafían la sagacidad de los anticuarios más cachazudos.

Nos falta el claustro, resumen de toda la poesía y de todos los misterios de la vieja Santillana. Fuerte olor de humedad y de cementerio nos lo anuncia, y al entrar en él lo primero que ven los ojos es una calavera que ha caído del osario y se mantiene sobre el zócalo, fría y seria, observando con sus ojos huecos a todo el que se atreve a penetrar allí.

El Claustro

Catorce arcos de medio punto, sustentados por grupos de cuatro columnas, componen cada una de las cuatro galerías

⁴⁶ «de» ⁴⁷ «aburrimiento pueril» ⁴⁸ «todos los monaguillos» ⁴⁹ «goteado»
⁵⁰ «cincelada» ⁵¹ «al culto todos los días»

que forman el claustro. Los que han visto arquitectura románica y de transición comprenderán la variedad de capiteles con que los artistas de los siglos XI y XII han coronado estas inimitables columnatas⁵². Los hay historiados, los hay religiosos, los hay compuestos⁵³ con formas de orden vegetal, con figuras humorísticas unos, con grupos de cacerías otros, con caprichosas lacerías éstos, aquéllos cubiertos de ramificaciones orientales. El tono general de la fábrica actualmente es un marcado color de corcho, y la superficie de la piedra leprosa, agujereada, lamida por el tiempo, aumenta la semejanza con⁵⁴ todo aquel cuerpo. En una de las crujías, los dobles pares de columnas se inclinan hacia adelante con uniformidad. La fábrica está cansada y busca el mejor medio de caer y tenderse en tierra. Otra crujía, la del Norte, azotada por la lluvia y muerta de frío, porque jamás le ha dado el sol, ha tomado un color verdinegro y se pudre calada de humedad hasta lo más hondo de sus ateridas piedras.

El techo no es, en su mayor parte, de bóveda, sino de vigas negras, que en algunos sitios necesitan ser apuntaladas por otras vigas casi tan podridas como ellas, para no caer al suelo. La vegetación ha invadido todo, y parece que hasta las piedras tienen tallos y hojas. El patio cuadrilongo, sepultura de los pobres, ofrece espléndida variedad de las yerbas más lozanas, donde pasta la infinita grey⁵⁵ de babosos caracoles. Diez siglos de Santillana yacen bajo aquellas raíces; pero los huesos viejos, aquellos que pertenecieron a quien ha sido abandonado para siempre de todas las memorias de la tierra, son arrojados al osario, que está lleno hasta los bordes, como granero en tiempo⁵⁶ de pingüe cosecha. Rebosa por encima de una de las paredes laterales, y cuando soplan fuertes vientos

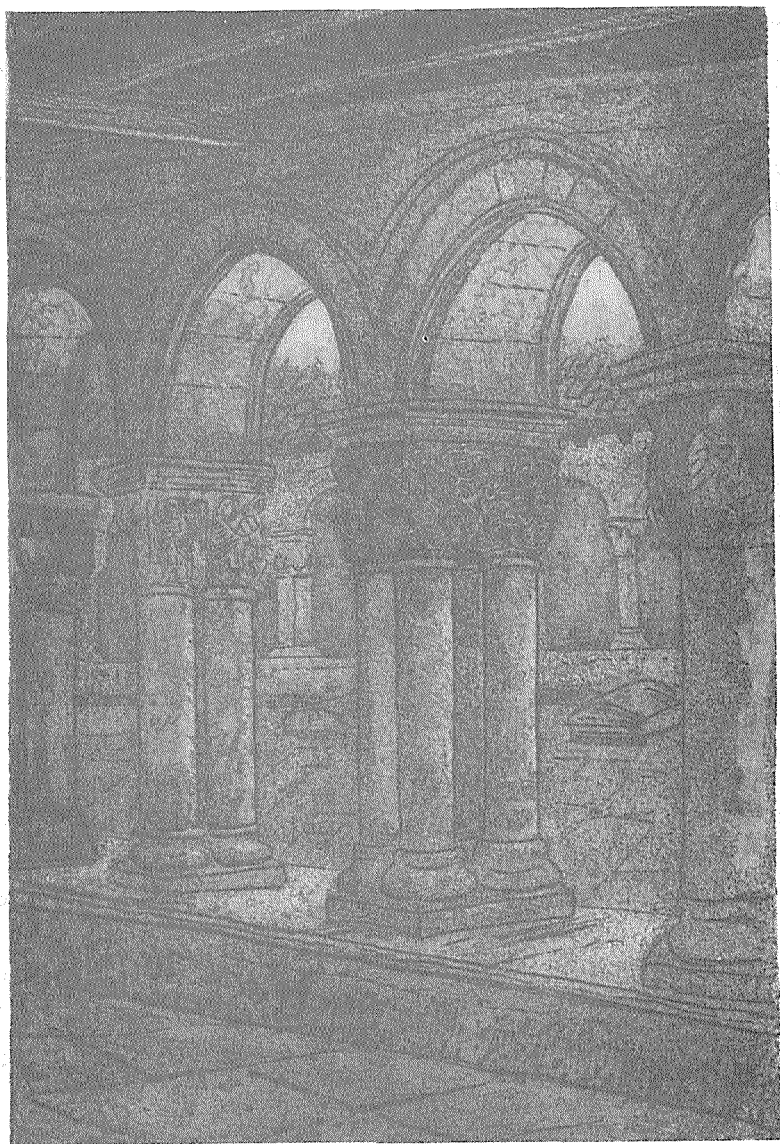
⁵² «columnatas» ⁵³ «formados de dibujos» ⁵⁴ «aquel cuerpo» ⁵⁵ «grey infinita» ⁵⁶ «tiempos de buena»

llueven calaveras. En un ángulo, un ciprés solitario, afilado, negro, pugna por salir fuera de la vetusta fábrica, y un grupo de silvestres cañas se cimbrean, rozando sus delgadas hojas superiores. Cuando las noches vienen con cierzo y las calaveras del osario chocan unas con otras y resbalan los huesos, aplastando a los caracoles, el cañaveral, triste músico de la noche, se queja suavemente del desorden que le rodea.

⁵⁷Cuando el sol ilumina⁵⁸ la revuelta sepultura, en la cual todo está destrozado, el muerto y el sarcófago, se ve ⁵⁹ claramente que la paz de aquellos melancólicos lugares supera a cuanto puede soñar la imaginación del vivo, anhelante de descanso. Aquél sí que es imperio absoluto de la muerte. Allí todo es muerte⁶⁰, todo se descompone; y los gusanos, después de comerse el cuerpo, se comen la tumba; allí sí que no quedará nada; allí sí que entra todo en⁶¹ la esfera de asimilación de la Naturaleza; y cuando pase algún tiempo más, cuando en lo que fue lugar cristiano, puesto al amparo de la cruz para perpetuar memorias de los muertos, no se vean⁶² más que piedras informes, musgo, caracoles, lozanas hierbas que nutrieron sus raíces en cerebros donde latió el pensamiento; cuando hasta el osario sea blanca tierra que esparcirán sobre el campo los vientos y desaparezcan las últimas esculturas lamidas por el agua, entonces se habrá realizado de un modo absoluto la sentencia que manda volver el polvo al polvo. En una misma ruina, en una misma masa de lodo cuyo imperio se reparten helechos y sabandijas, estarán comprendidos hombre y arte, el sentimiento cristiano que hizo el claustro y el egoísmo que lo dejó perder; todo será polvo, y no habrá ni siquiera quien pueda enorgullecerse de aquella escoria.

⁵⁷ «De día cuando» ⁵⁸ «aquella sepultura revuelta» ⁵⁹ «observa» ⁶⁰ «muerto»

⁶¹ «bajo» ⁶² «vea»



Detalle del claustro de Santillana, según grabado de Angel Toca.

El claustro de la abadía pasará⁶³ pronto. Apresurémonos a verlo⁶⁴ bien. En sus cuatro galerías abundan los sepulcros; pero muchos letreros no se pueden leer. Diríase⁶⁵ que ha pasado por ellos humo densísimo para borrarlos. En otras, una sencilla cruz dice algo más que las enfáticas inscripciones con letras amarillas, recién hechas y aun barnizadas, con pretensiones de llegar a la Eternidad. Algunos señores de la nobleza del país duermen dentro de un gran prisma de yeso. En diversos puntos se ven arrinconados o puestos en pie contra la pared los antiguos ataúdes de piedra, ya mudos, porque sus epitafios no dicen nada; ya sin dueño, porque los siglos han barajado la tierra y los huesos. El silencio, la paz de aquellos sitios, que son el símbolo más perfecto de eterno descanso⁶⁶, se turba cuando entierran a alguien; pero por esta misma razón se turba pocas veces.

Cuando se recorren las calles de Santillana para salir de la villa, ésta parece más alegre. Por último, en la plaza del Consistorio se ve una casa nueva, un edificio que acaba de salir, húmedo aún y charolado, de manos del arquitecto y del pintor. Más afuera, junto al camino que vuelve a la izquierda y pasa, está el palacio de Casa-Mena,⁶⁷ construcción del anterior siglo, restaurado⁶⁸ actualmente con especial esmero. Su riquísima biblioteca ocupa una sala baja, con ⁶⁹preciosas estanterías de roble. Hermoso es el conjunto de esta bien ordenada pieza, en la cual se ven, formando conjunto artístico⁷⁰, estupendos⁷¹ muebles arcaicos⁷², monetarios, panoplias, y, sobre todo, las dos librerías, cuyos estantes muestran y guardan elegantes y

⁶³ «va a pasar» ⁶⁴ «verle» ⁶⁵ «Parece» ⁶⁶ «descanso eterno»

⁶⁷ «El marqués de Casa-Mena colaboró en *La Tertulia*, en 1876, con diversos artículos sobre «Solares montañeses». Su palacio es actualmente el del marqués de Benemejís o de los Peredo-Barreda.

⁶⁸ «restaurada» ⁶⁹ «en» ⁷⁰ «artístico conjunto» ⁷¹ «riquísimos» ⁷² «antiguos»

lujosas encuadernaciones. Colosal busto de Su Santidad ocupa el frente principal. La acertada combinación de los diversos objetos que llenan la estancia, sin que nada huelgue dentro de ella, produce singular encanto a la vista, así como los dulces matices de la esculpida madera sin barniz⁷³, el oro pálido que brilla en el herraje de las arquetas, el acero mate y la roja lana de las cortinas. De la riqueza bibliográfica que allí se guarda, poco puedo⁷⁴ decir, por no serme⁷⁵ conocida. Rarezas y joyas tipográficas de inestimable valor, infinidad de escritos curiosísimos referentes a la provincia, colecciones de especialidades, crónicas harto escasas, hacen de la biblioteca de Casa-Mena la mejor de toda la Cantabria y una de las más escogidas y bellas de España.

En el resto del palacio, los actuales marqueses han emprendido una serie de restauraciones que harán de aquel edificio una residencia muy agradable, morada llena de encantos en la puerta de una ciudad lúgubre.

Y se acabó Santillana, se acabó la villa difunta. El hermoso parque de Casa-Mena y los jóvenes pinares de la misma casa nos despiden de aquel glorioso escombros, al cual se asocia la memoria de Íñigo López de Mendoza⁷⁶, sin que la imaginación pueda separar el uno de la otra, a pesar de los cuatro siglos que pugnan por ponerse en medio.

⁷³ «charol» ⁷⁴ «podemos» ⁷⁵ «sernos»

⁷⁶ Primer Marqués de Santillana, vinculado por lazos familiares y políticos con la célebre villa. Ver sobre este tema: Enrique Lafuente Ferrari, *El libro de Santillana* (Santander: Diputación Provincial, 1955) y Rogelio Pérez Bustamante, *Señorío y vasallaje en las Asturias de Santillana* (Santander: Ed. Estudio, 1978). Del mismo autor: *El marqués de Santillana. Biografía y documentación* (Madrid, 1983)

Alfoz de Lloredo

Novales no quiere dejarse ver, y escondido entre sus azahares renuncia a las visitas del caminante⁷⁷ presuroso. En cambio, Cóbreces, Toñanes, Cigüenza, Ruiloba se muestran esparcidos por las verdes colinas, no lejos del mar, en terreno ligeramente pedregoso y muy quebrado⁷⁸. Los ricos *jándalos*⁷⁹, a quienes Jerez, el Puerto y Cádiz dieron dinero abundante, habla ceceosa y maneras un tanto desenvueltas, han poblado⁸⁰ de risueñas casitas aquella alegre comarca. No faltó entre ellos quien quisiera dejar muestra de su piedad en un convento que aún está sin concluir. Los caseríos abundan, y en ellos, las casas grandonas, blancas, con holgados balcones verdes y sólidos cortafuegos, a los cuales no falta el pomposo escudo. A la espléndida vegetación montañesa se unen el naranjo y el limonero⁸¹, y sobre la multitud que llena la plaza en horas de fiesta, destácase un sombrero exótico, una planta de otros climas: el calañés. Los emigrantes se han traído al regreso media Andalucía, y aquel país tiene no sé qué de meridional. Aquel mar que asoma⁸² en las curvas de los cerros, dejando⁸³ ver brillantes recordaturas de un azul hermosísimo, parece afectar, ¡hipócrita!, en días pacíficos de verano, la serenidad y mansedumbre del Mediterráneo.

⁷⁷ «apresurado caminante» ⁷⁸ «accidentado»

⁷⁹ (de andaluz) se llama así a las personas del Norte que emigran a Andalucía y vuelven con costumbres y pronunciación andaluzas. (Ver «El Jándalo» en *Escenas montañesas* de José María de Pereda) y Víctor de la Serna, «El jándalo y el jandalismo», *Lo admirable de Santander* (Bilbao: Arte, 1935) 47-49.

⁸⁰ «aquella alegre comarca»

⁸¹ Ver de Francisco Javier Alonso del Val, «Aspectos históricos y geográficos de los agrios en Cantabria: área citrus y cultivo actual.» *Anales Inst. de Estudios agropecuarios* (1979-80) IV: 9-38.

⁸² palabra añadida ⁸³ «deja ver a trechos»

El monte de Tramalón remeda las espesuras de Sierra Morena, abrigo de ladrones, y, según afirman mis compañeros de viaje, ladrones tuvo, si bien de juguete, gentezuela que antes daba sustos que puñaladas. En las revueltas del camino que baja y sube inquieto, y no sin fatiga, por no encontrar dos varas de terreno llano en que extenderse con desahogo, se alcanza a ver la playa de Luaña, poco ha invadida por los bañistas, que han encontrado en aquella placentera⁸⁴ soledad establecimiento construido, en gran parte, con las maderas de un buque ruso, escupidas por el mar. Cóbreces, no teniendo bastante con las naranjas, se ha dedicado a explotar la moda balnearia. Por entre el ramaje verde de sus huertos se ven pasar sombrillas y quitasoles, y en los antepechos de sus balcones se ostentan colgados al sol, para secarse, esos horribles trajes de lana, dentro de los cuales Venus (admitaseme la generalización del emblema) gusta de volver a la espuma de donde salió.

Comillas

Para entrar en esta villa de los López⁸⁵ y de los cuatro preladados es preciso atravesar el mar en coche. Tranquilizaos: hay un puente de roca a roca, y entre éstas mete el Océano uno de sus poderosos brazos, y con los destructores dedos de espuma

⁸⁴ «hermosas soledades»

⁸⁵ Se refiere a los marqueses de Comillas Don Antonio López y López (1817-1883) y Don Claudio López Bru (1853-1925), hombres de negocios, propietarios de la "Compañía Transatlántica Española". Los preladados ilustres de la villa fueron: Diego Ibáñez de Lamadrid, Juan Domingo González de la Reguera (Arzobispo de Lima), Rafael de la Nava (Arzobispo de Guatemala), Bernabé Martínez de la Rábia (Arzobispo de Sonora, Méjico), Gregorio de Molleda (Arzobispo de Charcas), Fray Pedro Cotera (Prior benedictino de Montserrat de Lima), Saturnino Fernández de Castro (Obispo de León). Ver de José María de Pereda, "El espíritu moderno", en *Escenas Montañesas* (Madrid: Aguilar, 1942) 293 y José María de Cossío, *Rutas literarias de la Montaña* (Santander: Diputación Provincial, 1960) 174-75.

revuelve la arena y arma allí un remolino⁸⁶ y una batahola que imponen miedo a los que pasan por encima.

No lejos del viaducto, los apagados hornos de calamina demuestran que por allí han pasado los mineros. Encima, y a vertiginosa altura, en la cumbre de un atrevido cerro, se alza la *Coteruca*⁸⁷, un palacio que vuela, según está de alto y de enriscado; a la derecha, otras colinas pedregosas junto al mar, en las cuales hay algunas casas con huertas, cuyos hortelanos han tallado a pico la roca para hacer de ellas un gran tiesto de legumbres⁸⁸; enfrente, la calle principal de Comillas, que sube, baja, da de codo a las casas para que la dejen pasar, y, al fin, con trabajos mil, logra llegar hasta la plaza, de donde, no sin dificultad, puede salir para perderse en el camino de la Rabia.

El aspecto de Comillas es alegre, festivo; infunde ideas de salubridad, de comodidad, de bienestar pacífico y laborioso. Sus casas antiguas no se desmoronan, como las de Santillana⁸⁹, y las nuevas resplandecen de blancura. Tiene en algunos trozos cierto aspecto gaditano, y la luz del sol se quiebra en mil vidrios, tras de los cuales los ojos de la comillana no se descuidan en⁹⁰ cuanto el empedrado anuncia con estrépito⁹¹ el paso de un vehículo.

Hay un colegio de mármol, una parroquia suntuosa y una casa de Ayuntamiento cuya fachada es casi un libro, donde está el registro de los hijos ilustres de la villa. Ésta, aunque se halla muy cerca del mar, no lo ve desde sus principales sitios.

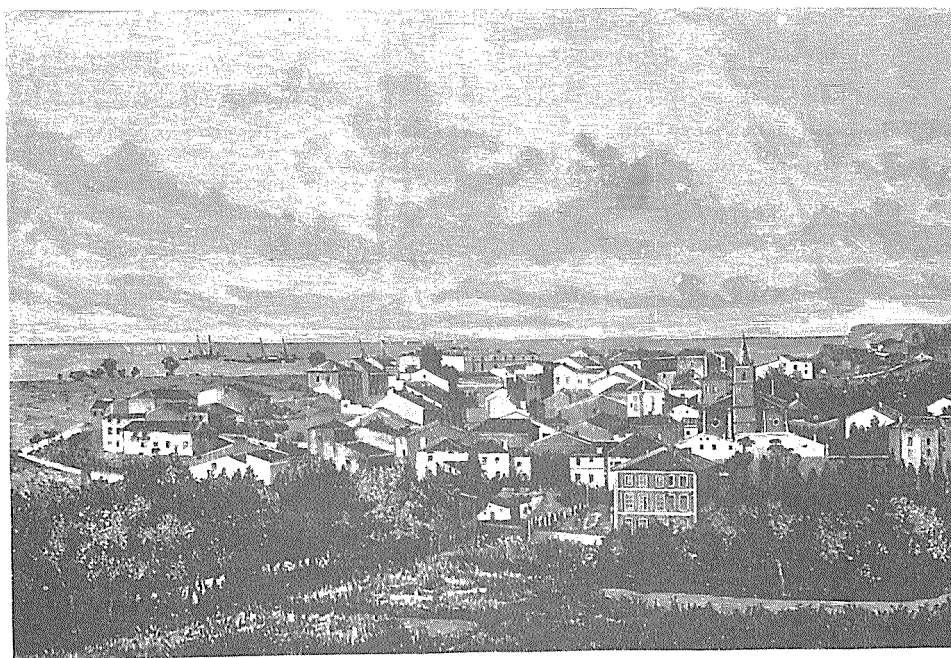
⁸⁶ «remolino»

⁸⁷ «La Coteruca», palacio del Marqués de Casa-Riera, era una bella construcción almenada que recordaba un castillo de estilo francés. Fue incendiada durante la última guerra civil. Situado en un cerro bajo o coteru se divisaba desde allí la amplia panorámica del entorno de Comillas.

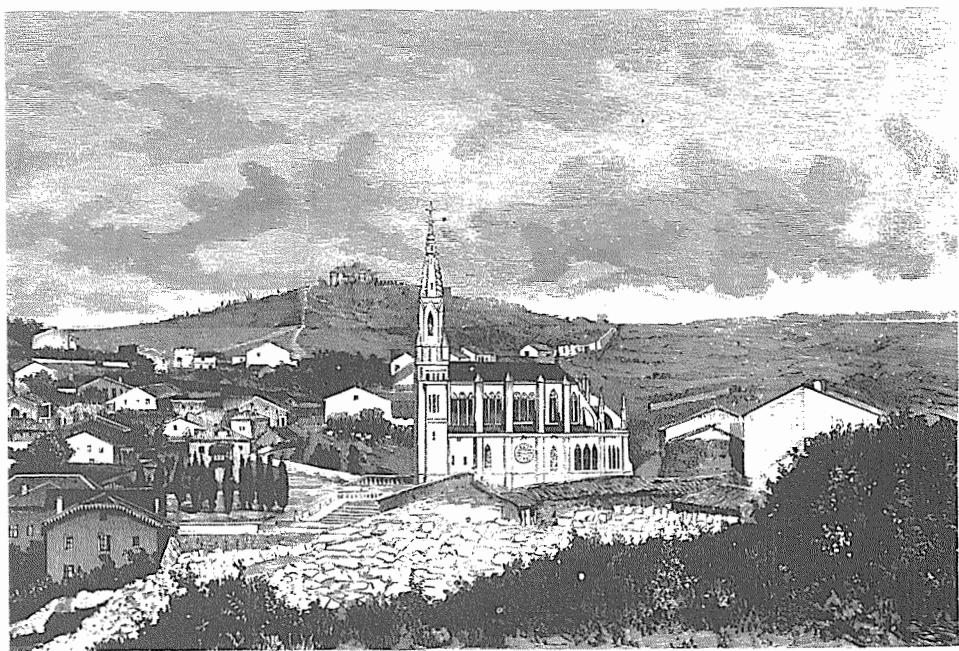
⁸⁸ «hortalizas»

⁸⁹ Obsérvese la comparación desfavorable para Santillana

⁹⁰ «desde que» ⁹¹ «estruendoso ruido»



Vista general de Comillas.



“El aspecto de Comillas es alegre, festivo; infunde ideas de salubridad, de comodidad, de bienestar pacífico y laborioso”.

Queriendo, sin duda, guarecer de los nordestes su limpio caserío, se acurrucó tras una peña, cuya cresta se llama el Calvario, y a la cual se asoman⁹² algunas casas que no pueden pasarse sin la incomparable vista del mar, y se⁹³ empinan sobre los techos de sus vecinas.

En el Calvario se disfruta de una de las perspectivas más bellas que ofrece en su larga extensión la costa cantábrica. Parece que no se acaba nunca de ver la inmensidad del mar que se desarrolla ante los ojos, o que⁹⁴ el horizonte huye. La colina baja bruscamente, tapizada de finísimo verdor, hasta la arena inmaculada; y al extremo izquierdo del arco que forma la playa, está el puerto, un pequeño cuadrilongo de escolleras batidas por el mar; un puño cerrado que puede contener diez o doce barquitos, con los almacenes del resguardo y muelles para la calamina. Cuando los pataches salen de aquel nido y tienden sus alas blancas sobre el azul del mar en días serenos, es imposible dejar de contemplarlos hasta que se pierden en el azul inmenso. Allá lejos aparece en extensa línea negra el humo de los grandes vapores transatlánticos, que pasan manchando el cielo.

En la roca que domina el muelle hay una ingente mole de piedra que fue iglesia y hoy parece que es cementerio⁹⁵. Era la antigua parroquia de la villa, perteneciente al señorío del Infantado. Cierta día, el mayordomo de su excelencia tuvo la malaventura idea de expulsar de la iglesia a unas cuantas comillanas que ocuparon⁹⁶ dentro de ella un lugar que no les correspondía. Irritáronse los marineros, y, penetrando atropelladamente en el sagrado recinto, cogieron cuanto en él podía

⁹² palabra suprimida ⁹³ «empinándose» ⁹⁴ «y el»

⁹⁵ Se refiere a la antigua iglesia convertida actualmente en cementerio y presidida por la escultura de un ángel modernista de Llimona.

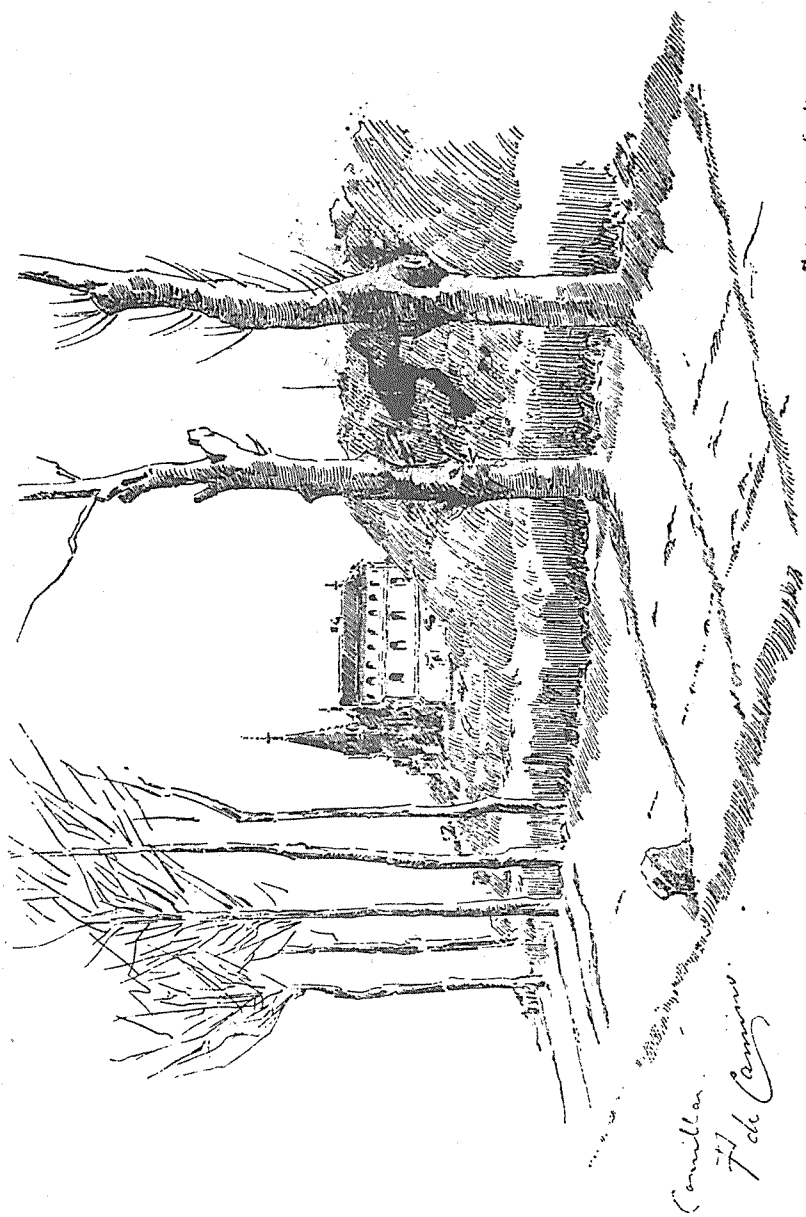
⁹⁶ «habían ocupado»

cogerse y lo arrojaron al mar. Allá fueron a poblar las verdosas honduras altares, bancos, santos, púlpitos, confesonarios, etc. No creían ofender de ese modo a Dios, y para probarlo labraron con sus ahorros (entonces los pescadores tenían ahorros) el hermoso templo actual en el centro de la villa.

Mirando hacia la parte de tierra, se ven las suaves⁹⁷ colinas verdes, con sus rústicas casas; y sobre todas ellas, en el último pico, posado como un águila, dominando media tierra y medio mar⁹⁸, el palacio de la Coteruca, inundado de sol en los días serenos, arrebujado de nubes en⁹⁹ los turbios.

No es fácil conocer las costumbres y el carácter de un vecindario recorriendo a escape el lugar donde mora; pero lo que el viajero no puede decir *auctoritate propria*, lo dice por boca de la fama. Comillas es uno de los pueblos más cultos de la costa cantábrica, y de los más morigerados y trabajadores. No lo han degradado las explotaciones mineras, y si su comercio es escaso y sus pesquerías insignificantes, allá se las compone con otras industrias. Todo allí respira un bienestar tranquilo, modestos hábitos de trabajo y un¹⁰⁰ amor vivísimo a la localidad, sentimiento¹⁰¹ que se echa muy de menos en otras villas y aun ciudades¹⁰² ensoberbecidas. La circunstancia de contarse¹⁰³ entre sus hijos¹⁰⁴ algunos que son capitalistas de primer orden, ha contribuido a sus progresos. Lo extraño es que sin comercio de alto bordo, sin expediciones a América, sin pesquerías y¹⁰⁵ también sin gran tumulto de bañistas, ¹⁰⁶harto decaídos los embarques de calamina, tenga Comillas aquel grato aspecto de industrial satisfecho, ordenado y económico, ni derrochador ni avaro. ¡Simpático pueblo a quien se estrecha la mano como a un buen y leal amigo!

⁹⁷ «grandiosas» ⁹⁸ «está» ⁹⁹ «cuando son» ¹⁰⁰ «grande y noble amor» ¹⁰¹ «cualidad» ¹⁰² «muy» ¹⁰³ «contar» ¹⁰⁴ «a» ¹⁰⁵ «tampoco» ¹⁰⁶ «y harto»



1874. J. E. 21. 4. 11. 21

Apunte de Comillas por F. Pérez del Camino.

Comillas.
F. de Camino.

Hoy ofrecen risueño porvenir a Comillas los baños de mar. ¡Pues es nada! Tiene hermosa fonda llena de pretensiones, con mesa redonda, a lo francés servida (aunque un poquito a lo español guisada), y en torno de los blancos manteles se ven señoras y caballeros que hablan pestes de Biarritz y de San Sebastián. Por la playa pululan sombrerillos, y las voluptuosas olas reciben sacos llenos de carne nerviosa, que luego vuelven a la playa y tiritando se embaúlan en las frágiles garitas. Óyese conversación chispeante, agudezas, rumor de críticas y murmullos de política menuda. También suena la cancamurria de sáficos versos y alguna poetisa deja ver su pálido rostro y oír estupendos dichos y sentimentales observaciones.

Para que nada falte, también hay expediciones a cercanas grutas; que si no hay olla sin tocino, tampoco hay hidroterapia¹⁰⁷ sin estalactitas, ni mal de nervios que se prive de la fácil medicina de los paisajes.

Las maletas vuelven a Madrid llenas de pedruscos, de caracolutos y conchas, con los cuales se prueba a muchos incrédulos que hay mar. La concurrencia es alegre, escogida y abundante, aunque no tanto como merece Comillas¹⁰⁸.

San Vicente de la Barquera¹⁰⁹

Las marismas de la Rabia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes a causa de su extensión. En las orillas bajas no

¹⁰⁷ «balneario»

¹⁰⁸ Según le confesó a Pereda en 1876, los recuerdos de este viaje le sirvieron para introducir elementos de Santillana, Comillas y San Vicente al crear el pueblo de Ficóbriga en su novela *Gloria*.

¹⁰⁹ Sobre este pueblo puede verse el libro de Valentín Sainz Díaz, *Notas históricas sobre la villa de San Vicente de la Barquera*, prólogo de B. Madariaga (Santander: Inst. Cultural de Cantabria, 1973).

hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los verdes collados que tanto abundan en este país. Las árgomas¹¹⁰, un linaje de hierbas espinosas que se adornan de florecillas menudas, parecidas a las de la retama, invaden todo el suelo. Lo que de éste queda libre se lo toman para sí los helechos, que extienden su¹¹¹ dominio absoluto allí donde no entran jamás¹¹² arado, ni dalle, ni azada. En la Rabia debieran existir hermosos y espesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que unos a otros se quitan o se dan el agua, según sube o baja la marea.

Únese luego el camino a la carretera de Torrelavega a Oviedo, y poco después, vencidos los cerros que dominan la ría, se distingue el incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle a cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situación del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas montañas que forman un fondo majestuoso y parecen agrandar aún más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admirables y sintéticas¹¹³ que pueden ofrecerse a la vista del viajero. Allí todo es inmenso¹¹⁴; tierra, cielo, montes, praderas, río, mar, marismas. Hasta el mismo pueblo de San Vicente parece un pueblo de primer orden a causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situación al pie del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus casas¹¹⁵ pintorescas, largando¹¹⁶ a una y otra ribera sus dos puentes como brazos con que se sostiene en los montes para poder zambullirse mejor en el agua. Tan bello es esto, que verdaderamente da pena el ver que, a continuación de la perspectiva de San Vicente, venga San Vicente mismo, cuando lo mejor sería que después de ofrecerse

¹¹⁰ Es la aulaga (*Ulex europaeus* y *Ulex nanus*)

¹¹¹ «sus dominios absolutos» ¹¹² «ni» ¹¹³ «grandiosas» ¹¹⁴ «grande» ¹¹⁵ «pintorescas casas» ¹¹⁶ «alargando»

en imagen lejana y fascinadora a los ojos del atónito pasajero, desapareciese y se ocultara allá entre hierbas¹¹⁷ de la mar o que se desvaneciera como las figuras del humo en los aires.

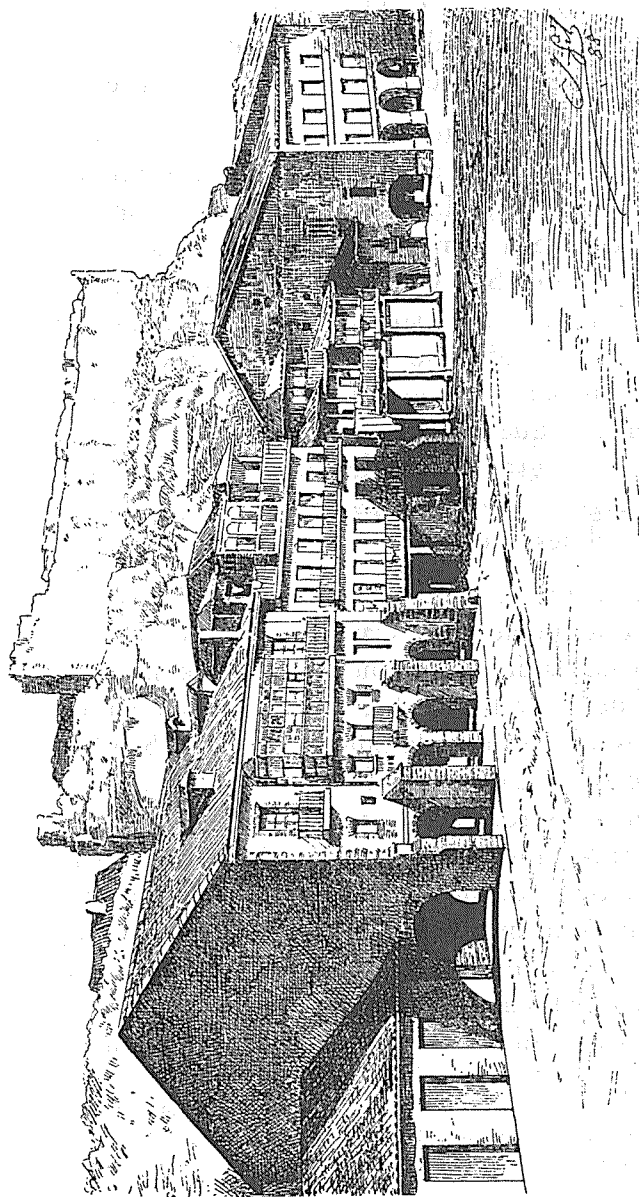
Pasando el gran puente del siglo VI, de 32 arcos, sentimos¹¹⁸ verdadero¹¹⁹ estupor al ver que no se entra por allí a un pueblo como Glasgow, Hamburgo o Nueva York. No se comprende que aquella gran ribera haya sido criada por Dios para sustentar al pobre San Vicente, y que las inmensas marismas que quedan atrás no sustenten miles de calles y plazas donde hierva gentío¹²⁰ afanoso; no se comprende que esté tan cerca un mar sin barcos y un abra sin puerto, y un río sin fondo ni muelles, y que toda aquella singular belleza y amplitud sean tan sólo un gran charco de lodo salobre donde mojan sus cimientos algunas casas añosas, tristes y negras, como los pensamientos del desesperado.

Al fin, el puente se acaba, y es preciso entrar en la villa. Un convento que fue de franciscanos parece que vigila la entrada¹²¹. Torciendo a derecha mano, después de hacer una reverencia muy devota a lo que fue asilo de aquellos humildes siervos de Dios, entramos en la calle principal de San Vicente, una especie de avenida de fango, limitada¹²² a la izquierda por larga fila de altos caserones con zancudas arcadas, y a la derecha por la muralla inmediata al río. A un lado, oscuras y feísimas tiendas, balcones de hierro, en los cuales parece haber trabajado el mismo Vulcano, según son de pesados¹²³ y antiguos; a otro, serena extensión de agua en que nadan gruesas vigas de roble, y en los muelles ni un buque, ni una grúa, ni un tonel, ni una caja, ni un cable, ni un ancla rota. ¹²⁴Semejante a una choza

¹¹⁷ «juncos» ¹¹⁸ «se siente» ¹¹⁹ «verdadera amargura» ¹²⁰ «afanoso gentío»

¹²¹ «Ya se sabe que ellos no se situaban en los peores sitios» ¹²² «formada»

¹²³ «antiguos y pesados» ¹²⁴ «Allá lejos junto a la orilla, semejante a una choza de pescadores»



Calle principal de San Vicente de la Barquera.

“...entramos en la calle principal de San Vicente, una especie de avenida de fango, limitada a la izquierda por larga fila de altos caseros con zancudas arcadas.”

de pescadores, allá lejos, junto a la orilla está el santuario de la Barquera, donde no faltarán imágenes ante las cuales recen los hijos del país, siempre que no tengan otra ocupación peor en que invertir las pesadas horas.

Para ver al¹²⁵ resto de San Vicente hay¹²⁶ que abandonar la calzada llana y trepar por las empinadas calles que conducen a la hermosa iglesia ojival. Pero entonces el asombro del viajero sube de punto viéndose¹²⁷ rodeado de imponentes ruinas, como si la villa hubiera padecido terremotos e incendios horribles, sin tener después una mano solícita que la reedificase. Por un lado y otro se ven enormes muros,¹²⁸ rotos arcos y restos de edificios que fueron vivienda de hidalgas familias, y que hoy son esqueletos coronados de yedra, cuya espantosa fisonomía pone miedo en el corazón. Tristeza más honda que la tristeza de Santillana es la de San Vicente, porque la villa del Marqués conserva en su momificado y entero rostro la forma y aun la expresión de la vida, mientras este desbaratado pueblo marítimo ha sufrido la postrera descomposición de la carne, y los vientos de la mar y la lluvia del cielo le han arrebatado partícula tras partícula dejándolo¹²⁹ en los puros huesos.

Aumenta nuestra pena al oír que el origen de tanta ruina no ha sido un cataclismo como en Pompeya, ni maldición del cielo como en Jerusalén, ni fuego de Dios como en Gomorra, sino decadencia¹³⁰ pura y por ley del tiempo. Por esto San Vicente de la Barquera tiene algo de la majestad de Itálica. Pero el *amarillo jaramago*¹³¹ de esta pobre villa no es tal que despierte un exagerado afán de llorar sobre él, ni de extasiarse largas horas contemplando las nobles piedras o leyendo lo que quede

¹²⁵ «el» ¹²⁶ «es preciso» ¹²⁷ «al verse» ¹²⁸ «y rotos» ¹²⁹ «dejándole» ¹³⁰ «decadencias puras por esas misteriosas sentencias que suele extender el tiempo, y por esto San Vicente»

¹³¹ Planta crucífera corriente en los escombros

de algún escudo comido de los años y¹³² las últimas letras de la inscripción heráldica que el dedo del tiempo ha empezado a borrar.

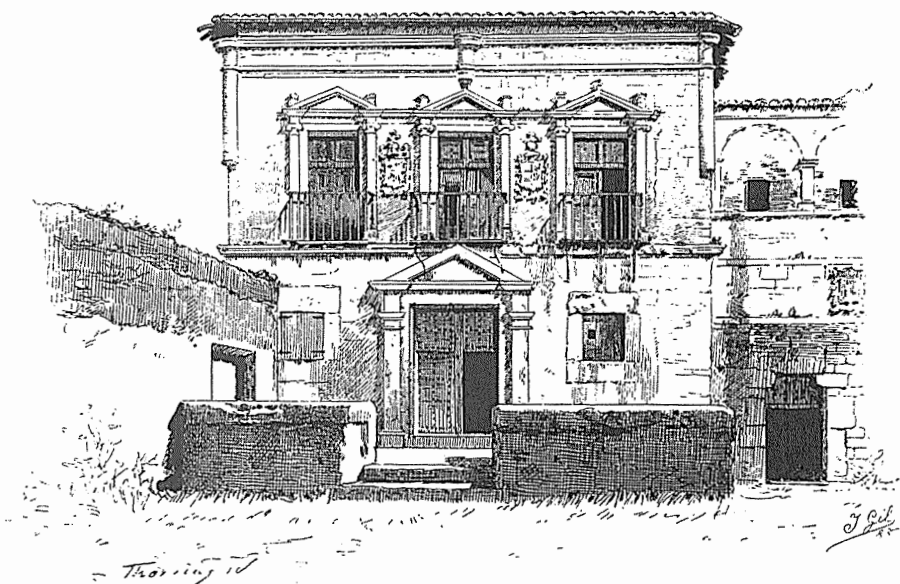
En San Vicente ha rodado, al parecer, la cuna ilustre, no sabemos si de *marfil* y *oro*, del inquisidor don Antonio del Corro, cuya hermosa estatua existe en la iglesia, atenta a la lectura de un libro.¹³³ La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán a que el reverendo levante la marmórea cabeza y aparte del Libro los ojos sin pupilas para mirarle a él. La semejanza de este enterramiento con el que existe en la capilla de Bedmar, de la catedral de Sigüenza, es grande, y su mérito no inferior al de esta primorosa obra de arte.

Salgamos¹³⁴ ya de San Vicente. No sólo lo exige el plan de la expedición, sino también el atractivo del hermoso país que rodea a la villa caduca y del cual jamás se sacian los ojos. Pasamos otro puente y subimos el repecho¹³⁵ del camino de Asturias. Desde allí el panorama no es menos admirable que cuando se baja por la otra orilla en busca del puente largo¹³⁶. Los charcos de la¹³⁷ marisma que rodean a San Vicente ofrecen el más complicado mapa que puede imaginar el delirio de la geografía. Todas las combinaciones posibles de rayas de agua, discurrendo sin orden ni tino por entre juncos; todas las formas geométricas de islas y penínsulas que serían posibles si estuviese en proyecto una nueva creación del mundo, se ven allí, y nadie puede eximirse de observar con pueril atención tan graciosa cosmogonía. Entre estos caprichosos juegos del agua y el fango, se alza el cerro de San Vicente, muy semejante al lomo

¹³² «o las»

¹³³ Es una escultura de alabastro de gran belleza, perteneciente al siglo XVI y atribuida al escultor Juan Bautista Vázquez.

¹³⁴ «Es preciso salir de» ¹³⁵ «pendiente» ¹³⁶ «citado» ¹³⁷ «las marismas»



Casa del Inquisidor Antonio del Corro.

“En San Vicente ha rodado, al parecer, la cuna ilustre, no sabemos si de «marfil y oro», del inquisidor don Antonio del Corro, cuya hermosa estatua existe en la iglesia, atenta a la lectura de un libro”.

de un cocodrilo, y después las múltiples series de colinas que escalonadas suben sirviendo de plinto a los montes, y en último término las descomunales crestas de Andara¹³⁸, último esfuerzo de la tierra para llegar al cielo.

Las Tinas

La hermosa costa de esta provincia aparece menos risueña a medida que avanzamos¹³⁹ hacia el Oeste; pero, en cambio, es más grandiosa, más imponente o, si se quiere, más varonil. El viajero que sigue este camino marcha de la tierra del idilio a la de la epopeya. El valle de Torrelavega, Reocín, Alfóz de Llorredo, Cabezón de la Sal, están pidiendo caramillos; pero en estos montes parece que resuena el cuerno de aquellas cacerías legendarias en que un oso se merendaba un Rey¹⁴⁰. Allá todo es ameno y patriarcal; aquí, sublime¹⁴¹ y guerrero. Al ver las soberbias figuras que a lo lejos conservan en sus altos capaces, los últimos rayos del sol, la imaginación no puede apartarse de los héroes de la Reconquista. Dejamos atrás al marqués de Santillana, poeta y cortesano, y las deliciosas tierras que podemos llamar abuelas, si no madres de Quevedo, Calderón y Lope de Vega¹⁴². Ahora todo el país adquiere un tinte extraño de fortaleza y rudo vigor, y cuanto alcanza la vista está lleno de Don Pelayo.

Cae la tarde, y las orillas del Nansa se nos presentan tris-

¹³⁸ Este nombre fue utilizado por Pérez Galdós y aparece en *Nazarín* (1895) y *Halma* (1895) para denominar a uno de sus personajes.

¹³⁹ «se avanza»

¹⁴⁰ Alusión al rey Fabila.

¹⁴¹ «grandioso»

¹⁴² Referencia a la ascendencia cántabra del marqués de Santillana, Garcilaso, Lope de Vega, Calderón y Quevedo.

tes y solemnes. Es caudaloso el río, y marcha tranquilo y grave hacia el mar, sin ruido, sin bullanga, entre márgenes solitarias. Pero ya cerca de su desagüe los montes parece que quieren detenerle el paso, lo¹⁴³ cercan, lo¹⁴⁴ acorralan, reflejando sus negras masas en la superficie de él. Nansa se aturde; da dos o tres vueltas, como si meditara qué resolución debe tomar en presencia de tan grave apuro, y, al fin, por un boquete angosto descubre el mar. No vacila, toma su partido y se arroja fuera de la tierra con tanta prisa, que es evidente su intención de no volver más a ella.

Esta situación de los montes, que parecen querer¹⁴⁵ estorbar que el río cumpla su destino yendo a parar al mar, como la vida entra en el morir, es lo que produce el aspecto de tina, dando origen al nombre de Tinamenor. La mayor está más allá, en el vago curso de otro río a quien las montañas se empeñan en atajar también. Este es el Deva, límite entre Santander y Asturias.

Tinamayor no es menos triste que su compañera, porque los montes que la forman proyectan una sombra fatídica¹⁴⁶ sobre el agua que en gran caudal baja de Liébana. El Deva describe una gran curva, y apenas se ve su salida, que es estrecha, tortuosa y oblicua¹⁴⁷, al modo de evasión carcelaria. Se desliza por una juntura, haciendo gentil¹⁴⁸ burla y desprecio de la fuerza que quiere oponérsele.

La orilla izquierda es llana y baja, y ningún incidente marca el paso del agua en la gran curva que forma la corriente; de modo que si entra algún buque aparecen sus mástiles en medio de un verde prado. Un par de pataches había en Tina-

¹⁴³ «le» ¹⁴⁴ «le amenazan» ¹⁴⁵ «quieren» ¹⁴⁶ «siniestra» ¹⁴⁷ «una especie de salida estratégica». Sustituido por «al modo de evasión carcelaria» ¹⁴⁸ «con astucia gentil y burla de la fuerza»

mayor cuando visitamos¹⁴⁹ este extremo de la gran Cantabria, y la escasa luz de la tarde no nos permitió determinar bien lo que significaban aquellos escuetos palos aparentemente plantados en tierra como árboles de cucaña.

Unquera es la margen derecha de tierra santanderina. Bustio, la izquierda orilla, en el reino de Asturias. Un puente interprovincial, fabricado con vigas, une estos dos caseríos, bastante frecuentados por carros y¹⁵⁰ diligencias. Se parece tanto aquellos a un lindero entre dos naciones, que no se puede resistir la tentación de pasar el puente y poner el pie en tierra de Asturias; pero todo es igual, el suelo y la gente; idéntico el lenguaje¹⁵¹ florido que en una y otra parte hablan los carreteros.

Pocos atractivos ofrece¹⁵² Unquera y su parador de Blanchard, donde un francés industrioso da de comer a los pasajeros que frecuentan aquel camino. El parador, dicho sea en honor de la verdad, tiene tan marcado y patente su parentesco con las antiguas ventas, que no es necesario preguntarle¹⁵³ su abolengo. Sólo en la cocina se echa de ver que anda por allí la mano de un francés, no tan sólo por los nombres exóticos de los platos, sino porque gran parte de lo que allí es servido se puede comer y aun resulta¹⁵⁴ sabrosísimo al sentido del gusto, mayormente si éste no ha tenido gran cosa que hacer desde Comillas.

Pero lo característico del establecimiento Blanchard es el ruido que ofrecen allí todas las variedades y clases diversas de lo sonante, en tales términos, que la humana oreja no tiene nada que desear. El que haya pernoctado en Unquera lo ha oído todo, porque los techos, los pisos, los tabiques, la escale-

¹⁴⁹ «nos honramos visitando» ¹⁵⁰ «diligencias y carros» ¹⁵¹ añade «florido»
¹⁵² «ofrecen» ¹⁵³ «nada de su» ¹⁵⁴ «parecer»



Sepulcro del Inquisidor Antonio del Corro.

“La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán a que el reverendo levante la marmórea cabeza y aparte del libro los ojos sin pupilas para mirarle a él”.

ra del frágil mesón, han sido hechos con habilidad suma para que ni el más leve rumor se escape. Como no es posible admitir que ningún nacido haya logrado conciliar el sueño a orillas del Deva, puede suponerse de qué modo retumbará en el cerebro del viajero dormido aquel horrisimo estrépito de coches,¹⁵⁵ el pisar de las fatigadas caballerías,¹⁵⁶ la charla de los pasajeros que entran y salen y el incesante ladrido de todos los perros del mundo, congregados en las inmediaciones.

El solícito arquitecto, ansioso de que su obra no dejase nada que desear, debió de tomar todas las precauciones para evitar que algún viajero sibarita se entregase a los nefandos deleites del sueño. Atento a realizar su humanitario plan, dispuso que debajo de los dormitorios estuviese la tienda de comestibles y cantina, donde debían congregarse los mayores y trajineros para hacer sus libaciones. Gracias a esto, cuando alguno de esos holgazanes que viajan por puro gusto de viajar se mete entre las sábanas y pide a la almohada un poco de reposo, se ve de súbito sorprendido por chispeantes diálogos, por galanas disputas, por apóstrofes y blasfemias de aquellas que levantan ampollas, y adquiere preciosas noticias sobre mil asuntos que algún día podrán serle de gran utilidad.

Muchos viajeros¹⁵⁷, y entre éstos hube¹⁵⁸ de contarme, se dan a todos los demonios, y hasta sostienen que aquello no es teatro, sino morada de hombres cansados que anhelan soledad y silencio¹⁵⁹.

Todo en el mundo tiene remedio, hasta los insoportables ruidos de Unquera; y nosotros adoptamos uno eficacísimo, que consistió en despedirnos del parador, tomando al despun-

¹⁵⁵ «y el» ¹⁵⁶ «y la» ¹⁵⁷ «palabra suprimida» ¹⁵⁸ «tuvimos ocasión de contar-nos» ¹⁵⁹ «silencio y soledad»

tar de un nebuloso día el camino de Peña Mellera, remontando el Deva.

San Pedro de las Vaderas. Panes

Aquel río¹⁶⁰, harto de salmones, es en extremo pintoresco. Todo en él es bonito, el agua y las riberas. Remansada aquélla en algunos sitios, en otros corre con ímpetu, arremolinándose en los ¹⁶¹pozos, bullendo en graciosas cascadas y mostrando en su superficie verdosa cambiantes de luz y fajas luminosas semejantes a estelas de invisibles naves. La tierra ostenta magníficas praderas y bosques de seculares castaños, cuyos deformes troncos, torcidos y patizambos, parecen cuerpos de ancianos inválidos que apenas pueden tenerse; pero en sus ramas muestran tal cantidad de erizos, que¹⁶² es forzoso bendecir la senectud fecunda de aquellos Matusalenes cargados de descendencia.

En este valle aparece el verdor de los campos salpicado de piedras y manchas pedregosas; señal de la proximidad de los montes; pero, a pesar de esto, el paisaje es tan¹⁶³ alegre como extenso y variado, contribuyendo a ello la amplitud de¹⁶⁴ horizonte y el grandor de los términos.

La carretera ofrece una particularidad notable, y es su pendiente inútil en la margen izquierda para bajar después, no existiendo razón que justifique tal trazado. Estos son los inconvenientes de entregar las obras públicas a ingenieros enamorados, que hacen esclavos de su insensata pasión a los inocentes traficantes y pasajeros, pues, según la pública voz, la

¹⁶⁰ Es también río de truchas y anguilas

¹⁶¹ «hondos pozos» ¹⁶² «no se puede menos de» ¹⁶³ «sumamente alegre y variado» ¹⁶⁴ «del»

incomprensible cuesta de San Pedro de las Vaderas no tuvo otra razón de ser que la existencia de una casa a la cual iba el ingeniero con más frecuencia de lo que sus ocupaciones consentían. Es lamentable que aquel hombre sensible llevara su¹⁶⁵ galantería hasta el punto de¹⁶⁶ hacer desfilar a todos los viajeros de Peña Mellera ¹⁶⁷bajo las ventanas de una dama. Grande homenaje se debe a la hermosura, pero no tanto.

Panes, humilde pueblo enclavado en territorio de Asturias, nos ofrece dos hileras de casas modestas y alegres, y algunas personas amables que nos brindan hospitalidad generosa; pero no podemos detenernos, porque la atracción de la Hermita, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante, y es forzoso dar el gran paso antes de que decline el sol. Seguimos avanzando, y de pronto todo cambia: país, suelo, ambiente, luz. Parece que se acaba el camino y la tierra habitable. Enormes piedras altas, flacas, puntiagudas, escuetas, hurañas¹⁶⁸, nos salen al paso, mejor dicho, nos lo cierran. Vemos frente a nosotros una horrible boca, una grieta, cuya profundidad se ignora. Vacilamos un instante; pero viendo que el camino entra, entramos también, llenos de asombro los ojos y con algo de miedo en el corazón. Durante largo rato los tres viajeros nos miramos en silencio.

Las Gargantas

Lllaman a esto Gargantas; debiera¹⁶⁹ llamársele el *esófago de la Hermita*, porque al pasarlo se siente uno tragado por la tierra. Es un paso estrecho y tortuoso entre dos paredes, cuya

¹⁶⁵ «desvíos amorosos» ¹⁶⁶ «obligar a todos» ¹⁶⁷ «a pasar» ¹⁶⁸ «ceñudas»

¹⁶⁹ «también puede llamársele propiamente el»

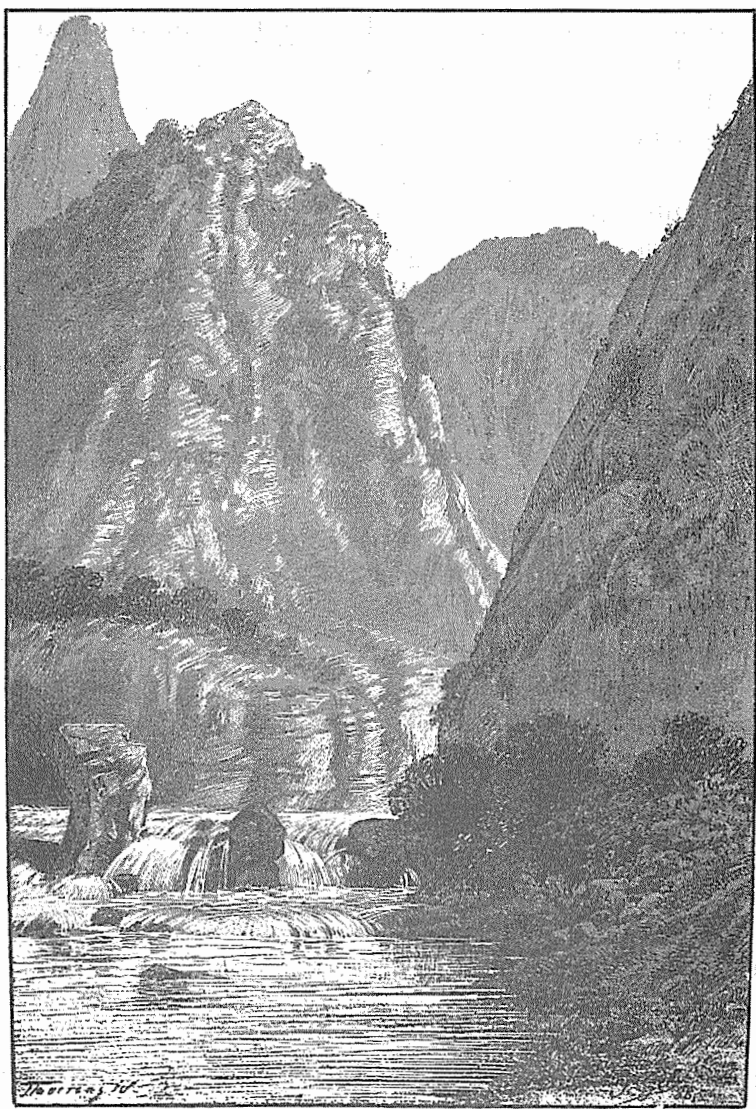
alta cima no alcanza a percibir la vista. El camino, como el río, va por una gigantesca hendidura¹⁷⁰ de los montes resquebrajados. Parece que ayer mismo ha ocurrido el gran cataclismo que agrietara la roca, y que de¹⁷¹ ayer a hoy no han hallado¹⁷² las dos empinadas márgenes su posición definitiva. Todo se mueve allí¹⁷³ como si no tuviera base. La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto en¹⁷⁴ pie puedan permanecer así mucho tiempo. Allí el pánico que precede a los grandes desplomes es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, viendo¹⁷⁵ una cordillera suspendida sobre su cráneo¹⁷⁶.

En algunos sitios, la enorme muralla deja de ser vertical y se inclina hacia afuera¹⁷⁷, amenazando; en otros se tiende hacia atrás como para abrir paso; toda la roca es blanda, y en sus agujeros crecen árboles negros. Allí no hay tierra sino en mezuquinos huecos y grietas, y a¹⁷⁸ ella se agarra la vegetación, hambrienta y desesperada. Hasta en lo más alto se ven árboles entecos, que parecen trepar, asidos unos a otros, poniendo en tierra un pie o una mano, y en algunos sitios todo se derrumba, plantas y piedras, en espantosa caída.

El rumor del río, lento, igual siempre, monótono, acompaña todo el tránsito, y se le oye como la respiración de aquel abismo cuyos hondos pulmones mueven una y otra corriente de aire en las cañadas angostas cual¹⁷⁹ las sendas de la virtud. También allí tiene afluentes el Deva. Mira uno a derecha o izquierda y ve bajar despeñado, insensato, furioso, un arroyo, mejor dicho, un chorro, que rompe su cristal espumoso contra mil peñas que a cada paso quieren detenerle. Por otros lados,

¹⁷⁰ «hendidura» ¹⁷¹ añade: «de ayer a» ¹⁷² «aún» ¹⁷³ «añade: 'allí'» ¹⁷⁴ «de pie»

¹⁷⁵ «porque una cordillera está suspendida» ¹⁷⁶ «cabeza» ¹⁷⁷ «fuera» ¹⁷⁸ «y la vegetación se agarra a ella» ¹⁷⁹ «como»



Gargantas de la Hermida.

“El camino, como el río, va por una gigantesca hendidura de los montes resquebrajados”

los arroyos son quietos y mudos, porque son de piedras diversas y cantos rodados que en tropel¹⁸⁰ descienden de las alturas. Les vemos inmóviles como catarata petrificada; pero cuando llueve ruedan con estrépito confundidos con el agua.

Los recodos y ángulos de esta horrible grieta suspenden y embargan el ánimo. Dijérase¹⁸¹ que acaba el camino y que hemos llegado al último punto de tan angustioso viaje; pero la angostura sin fin da una vuelta, y nos muestra algunas varas más de terreno llano, y nuevas murallas, nuevas amenazas de peñones gigantescos colgados del cielo. Allá arriba, en lo más remoto, cuando las montañas no pueden subir más alargan desnudos picos, manos convulsas que increpan al¹⁸² cielo con gesto terrible¹⁸³; pero no es fácil precisar la forma de tan extraña crestería, porque ni siquiera parece fija, sino movable como un erizamiento de cabellos desgrednados que el viento agita o la hinchazón irregular y caprichosa de gigantescas espumas.

Si en algunos lugares del paso no se ve nada más que un muro vertical, en otros las atrevidas torres, los minaretes, los chapiteles y agujas de mil facetas dejan atrás la arquitectura más variada y rica. Bóvedas y grutas se encuentran a cada paso y monolitos inmensos, que semejan¹⁸⁴ hombres gravemente sentados o dioses reunidos en corrillo. Gran parte de lo que por muchos siglos estuvo en lo alto se ha despeñado y ha caído al suelo; aquí¹⁸⁵ y allá yacen enormes pedazos a semejanza de ídolos rotos que obstruyen el paso del río.

La imaginación se excita, y el sublime espectáculo que ven los ojos se aposenta dentro del cerebro con tanta fijeza que al fin parece que todo es obra del espectador mismo¹⁸⁶, una

¹⁸⁰ «descienden en tropel» ¹⁸¹ «Parece que se» ¹⁸² «el» ¹⁸³ «terrible gesto»

¹⁸⁴ «parecen» ¹⁸⁵ «por lo cual se ven enormes trozos» ¹⁸⁶ «y que no hay nada sino una»

grande y tormentosa fantasmagoría de masas en lucha, como las que se revuelven en las angustiosas cavernas de una pesadilla.

Se llega al fin a un punto en que las montañas¹⁸⁷ nos dan algún respiro, separándose un poco. De su seno pedregoso nace ante nuestra vista un pueblo con media docena de casas y un establecimiento de baños. Aquí el agua no podría ser fría, ni aun tibia como en otras partes, y mana hirviendo y humeando. Estamos en La Hermida.

La Hermida¹⁸⁸

Cuando se fundó este lugar debía estar ya ocupada toda la haz de la tierra y no existir un solo pedazo de suelo donde poner la planta. Sólo así se comprende que haya un pueblo en medio de las Gargantas. Verdad es que el rico manantial de aguas termales disculpa este escandaloso lujo de colonización. A La Hermida, durante el verano, suele bajar el sol con gran contento de los vecinos, pobres anacoretas o quizá hombres llenos de pecados que anhelan limpiarse de ellos con acerba penitencia.

El establecimiento de baños es muy semejante a los que debieron de estar en moda en tiempo de nuestro padre Adán. Los bañistas, si quieren serlo, se sumergen a la intemperie en

¹⁸⁷ El pueblo está a ciento diez metros sobre el nivel del mar

¹⁸⁸ Sobre este lugar y su balneario véanse: «Pedro Sánchez» (José María Quintanilla), «De balneario en balneario», *Nueva Guía de Santander y la Montaña* (Santander: Blanchard, 1892) 159-164 y Rafael Fernández de Castro, «La Hermida» en *El Eco Montañés*, 9 de marzo de 1901, pp. 1-2.

Desde el punto de vista literario puede consultarse: José María de Cossío, *Rutas literarias de la Montaña* (Santander: Diputación Provincial, 1960).

anchas cubetas, libres de todo miedo a los aires colados. Luego pueden ponerse a secar al sol, como ropa, y si después de esto se curan, ya no tienen razón alguna para dejar de creer en los milagros. Es en verdad muy sensible que perteneciendo las aguas de La Hermida a una persona ilustrada y rica no exista allí un establecimiento siquiera como los peores de nuestro país. En este caso¹⁸⁹, los manantiales hirvientes serían apreciados en su justo valor, y aquella solitaria Tebaida recibiría visitas de gente sentimental o enferma, convirtiéndose en lugar de peregrinaciones estivales. Tal como hoy está, ofrece La Hermida un ejemplo arqueológico del sistema de hidroterapia¹⁹⁰ empleado en los tiempos que llaman prehistóricos; y si esto no carece de encantos para ciertos turistas¹⁹¹, es con la condición indispensable de estar allí poquísimos tiempo, el necesario tan sólo para ver cómo se baña la gente y poderlo contar después.

La ermita de San Pelayo es, después de la iglesia de Lebeña¹⁹², el edificio de más importancia que se encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior a cuatro leguas. Difícil es saber quién es el santo allí venerado; pero debió de ser hombre muy grande, a juzgar por sus lágrimas, unas piedras mayores que la iglesia.

Lebeña¹⁹³ tiene mejor situación que La Hermida. Está en sitio algo más abierto y en un repecho adonde no es fácil pueda llegar el Deva cuando lo hinchán las aguas de invierno; pero aún así, es muy digno¹⁹⁴ de lástima todo ser¹⁹⁵ a quien tocó nacer en tal pueblo, a pesar de que debe suponersele¹⁹⁶ bajo el amparo de San Pelayo, que lloraba montañas. Si en ve-

¹⁸⁹ «Entonces los manantiales» ¹⁹⁰ «termalidad» ¹⁹¹ «viajeros»

¹⁹² Rafael Torres Campos, *La Iglesia de Santa María de Lebeña* (Madrid, 1885). Ver también: Elías Ortiz de la Torre, *Arquitectura religiosa* (Madrid, 1926).

¹⁹³ Pueblo de Cillorigo-Castro

¹⁹⁴ «digna» ¹⁹⁵ «toda alma» ¹⁹⁶ «suponérsela»

rano se le caen a uno encima las dos filas de inmensos peñascos, puede suponerse cómo serán aquellos lugares en invierno, cuando está oscurecido el sol durante meses largos¹⁹⁷; cuando los vientos silban dentro de la angosta cañada, soplando en ella como en una corneta, y cuando caen chorros de agua arras-trando piedras y murmurando imprecaciones por las laderas abajo, como condenados que van camino del Infierno.

En verano pasamos la famosa Garganta (también llamada Hoz de Potes), y no logramos salir de ella sin que se nos nublase el sol y se alterara la serenidad del día, haciendo de aquel antro una mansión de demonios. Una de esas tormentas que tan comunes son en el país cántabro nos sorprendió en Lebeña, atajándonos el paso; pero en realidad podría¹⁹⁸ perdonarse la contrariedad por la magnificencia del espectáculo y la grandeza del sonido, que nos daba idea de los ecos del valle de Josafat en el terrible¹⁹⁹ día postrero. El que no ha oído retumbar un trueno dentro de las angosturas de La Hermida no conoce el tono en que habla Jehová por boca de Isaías. El viento, penetrado por un extremo, recorría bramando todo el conducto, y parecía que sacaba de su asiento las deformes rocas. En todas las cuevas y en las grietas todas daba un grito para despertar a los duendes dormidos. Lo más imponente²⁰⁰ era cuando en mitad del camino²⁰¹ se encontraba con otro viento que venía furioso por el lado Sur. Chocando uno con otro, como guerreros²⁰² iracundos, se revolvían allí con estrépito, haciendo remolinos y bufando de rabia, diciéndose las más atroces herejías y desgrenándose con furor, hasta que el uno lograba vencer al otro, le hacía volver atrás y después le iba persiguiendo y dándole caza por toda la quebradura, sin cesar de hostigarle con tremendos resoplidos y balbucientes injurias.

¹⁹⁷ «enteros» ¹⁹⁸ «podía» ¹⁹⁹ «famoso» ²⁰⁰ «Pero lo terrible era» ²⁰¹ «garganta»

²⁰² «impacientes guerreros»



“La ermita de San Pelayo es después de la Iglesia de Lebeña, el edificio de más importancia que se encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior a cuatro leguas”.

Iglesia Parroquial de Lebeña

También cayó agua, mas no quiso Dios que fuera en abundancia, y pudimos seguir. Comprendíamos lo que aquello²⁰³ será en las noches invernales²⁰⁴, cuando se desgajen en agua los cielos. Entonces, seguramente, no será fácil el paso, porque las empinadas cumbres de ambos tajos dejarán arrancar lo que en ellas existe de frágil y movable, y conmovidas²⁰⁵ la informe arquitectura y las góticas²⁰⁶ torres, sobre el camino y sobre el río lloverán catedrales.

Por fin, volvemos al mundo; por fin, nos arroja de sí el formidable monstruo de piedra que nos tragó, y ya Cillorigo nos muestra ancho espacio y tierras extensas donde puede espaciarse la vista. Parece, como he dicho antes, que despertamos de una pesadilla o que volvemos del letargo angustioso de una gran jaqueca. Los derrumbaderos y horribles precipicios de nuestro cerebro se disipan, y la dulce imagen de lo llano, de lo apacible, de lo apropiado a la planta y a la existencia del hombre, llena nuestra mente. Todo te anuncia ya, ¡oh, deseada Potes!²⁰⁷, villa ilustre y señora de estos adustos²⁰⁸ lugares.

Potes

Preceden a este singularísimo pueblo grandes viñedos en laderas no muy frondosas. Los bosques se ven²⁰⁹ a lo lejos, más allá de las alturas donde tiene su atalaya vigilante el buen Santo Toribio. Potes se vanagloria de poseer en su reducido

²⁰³ «será aquello» ²⁰⁴ «de invierno» ²⁰⁵ «conmovida» ²⁰⁶ «góticos picachos»

²⁰⁷ Sobre Potes ver de Manuel Pereda de la Reguera, *Liébana y Picos de Europa* (Santander: Dip. Provincial, 1972) y de I. Llorente, *Recuerdos de Liébana* (Madrid, 1882).

²⁰⁸ «agrestes» ²⁰⁹ «allá»

término toda la flora de España²¹⁰. Sus viñedos dan un mosto mejor que el buen²¹¹ chacolí, fresco y puro como el Burdeos. Sus olivares dan aceitunas como judías, y sus garbanzos, menudos como perdigones, son sabrosísimos sobre toda ponderación. Pero la gloria de Potes está principalmente en sus jamones, que si no llegan a los de Trevélez²¹², superan a lo mejor de Westfalia e igualan al nobilísimo de²¹³ York. Todo allí es bueno, aunque chico²¹⁴. El queso lebaniego, que se vende en los mercados de los lunes, es semejante en picor y horrible fragancia al más celebrado Roquefort.

La villa es indescriptible, pues faltan fórmulas a propósito para pintar las casas gibosas de la calle principal, estrecha y negra como alma de usurero. Hay, no obstante²¹⁵, algunas hermosas casas solariegas, y la plaza de soportales es no sólo transitable, sino buena y casi bonita. Desde allí se ve un torreón señorial de agradable aspecto y la grandiosa perspectiva de la montaña, cuyos grandes y escuetos picos blancos parecen dedos que están tocando el cielo. «Allí están los osos», nos²¹⁶ dicen; pero comúnmente²¹⁷ los que hablan de estos animales no los han visto más que en sueños.

La villa²¹⁸, sus habitantes y los campesinos de Liébana que se reúnen en ella los domingos no tienen semejanza ni parentesco²¹⁹ con las villas y gentes de la Montaña. La fraternidad administrativa no puede quitar a Potes su fisonomía absolutamente leonesa. Se ve en todo un sello y un colorido singular, que no pueden expresarse fácilmente sino diciendo que no está aquel país bajo el imperio de la vaca, sino bajo el de

²¹⁰ Véase sobre el particular el trabajo de Manuel Laínz, en *Naturaleza y vida en los Picos de Europa* (Madrid: Incafo, 1981) 84-108

²¹¹ «mejor» ²¹² «Tréveles» ²¹³ «estirpe» ²¹⁴ «pequeño» ²¹⁵ «sin embargo»

²¹⁶ «le dicen a uno» ²¹⁷ «pero muchos de» ²¹⁸ «lo mismo que» ²¹⁹ «alguno con los montañeses»

la oveja. Una de las cosas que más llaman la atención en esta villa es el predominio de la lana negra en los trajes de hombres y mujeres, en los sacos de trigo, en las telas burdas que venden y hasta en los cordeles con que atan sus mercancías. El día de mercado, cuando se mira este²²⁰ desde los balcones de la fonda, parece según la expresión de uno de mis compañeros de viaje, que se ha derramado un tintero sobre la plaza²²¹

El grande y más legítimo orgullo de Potes es haber sido cuna del insigne artista Jesús Monasterio²²².

Basta

Ha llegado la hora de desandar lo andado, poniendo fin por ahora a nuestra expedición. Otra vez será más larga, y arrancando de esta villa de Potes no terminará sino allí, en el más alto pico practicable de las Peñas de Europa, donde se forja el rayo y están en acecho las tempestades, aguardando el momento en que viven más divertidos los hombres para caer sobre ellos.

Volveremos a recorrer la garganta de La Hermida²²³, esta vez a la luz de la luna, que la alumbra con tristísima claridad, semejando²²⁴ los tajos a gigantescos sepulcros de siglos, donde duermen el sueño eterno las edades pasadas. Pernoctamos en Panes; saludamos de lejos a Unquera, deseando muy buenas

²²⁰ «la plaza» ²²¹ «aquella»

²²² Sobre este célebre violinista y compositor puede verse la semblanza de Leopoldo Rodríguez Alcalde, *Retablo biográfico de montañeses ilustres*, Colec. Cabo Menor (Santander: Estudio, 1978) II: 107-110. Ver, igualmente, de José Montero Alonso, *Jesús de Monasterio*, Antología de Escritores y Artistas Montañeses, 40 (Santander, 1954).

²²³ «y la pasamos» ²²⁴ «asemejando»

noches a los que se albergan en el parador, y, pasado el río Nansa y los dos puentes de San Vicente, llegamos a la bifurcación del camino. Preferimos el del interior, y visitamos a Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros amenos lugares de esta deliciosa comarca, la más risueña de la Cantabria occidental.

He descrito a grandes rasgos este viaje, tan sólo por complacer a cariñosos amigos montañeses, y seguro de que no podría en manera alguna reproducir en el lenguaje escrito las bellezas y el inmenso atractivo del país cantábrico. Después de hecha la prueba, siento que mi primera resistencia hubiera flaqueado²²⁵ poniéndome²²⁶ en la tentación de probar fortuna. Tiene la provincia de Santander grandísimo estorbo para escribir acerca de ella, y es que los eminentes literatos montañeses han tratado²²⁷ con singular destreza cuantos elementos atesora, no dejando nada para los intrusos. Esto debe poner un gran recelo en el²²⁸ ánimo de todo el que quiera escribir de cosas santanderinas.

La naturaleza y el suelo todo de la Cantabria han sido descritos con poético y gallardo estilo por el insigne escritor don Amós de Escalante, y las costumbres rurales y urbanas de tan encantador país han sido pintadas magistralmente por la inimitable y seductora pluma de don José María de Pereda, a cuya generosa amistad debo las delicias de este viaje, realizado en su grata compañía, juntamente con la del señor don Andrés Crespo.

En lo relativo a erudición y arqueología montañesa, hay muchos y muy buenos escritos del mismo Escalante, de Asas, de Ríos y Ríos, de Menéndez, de Leguina, Casa-Mena y otros.

²²⁵ «enflaquecido» ²²⁶ «cayendo» ²²⁷ «explotado» ²²⁸ «al ánimo»

De modo que para los advenedizos queda muy poco. Bien sé, pues, que no añado nada, absolutamente nada, a lo que los montañeses saben de su país, y que muy poco enseño a los extraños que no lo conocen; pero no estaba en mí escoger la prueba de consideración más apropiada a preciosas amistades de aquella tierra, y he tenido que tomar ésta que fácilmente se me venía a la mano, y cuyo único valor consiste sólo en la gratitud que representa.

Septiembre de 1879²²⁹

²²⁹ En la primera edición, publicada en *Revista de España*, está fechado el final, en Madrid, diciembre de 1876, sin embargo, no consta fecha en el mismo texto aparecido ese año en *La Tertulia*.

ÍNDICE

<i>Pérez Galdós y Santander</i>	7
<i>El viaje por Cantabria</i>	31
<i>Ediciones</i>	41
CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA	43
La Abadía	50
El Claustro	53
Alfoz de Lloredo	59
Comillas	60
San Vicente de la Barquera	67
Las Tinas	74
San Pedro de las Vaderas. Panes	79
Las Gargantas	80
La Hermida	84
Potes	88
Basta	90

